MISTICA Y ACCION DE GENERO

diego irarrazaval

Chucuito, abril del 2001

MISTICA

Y ACCIÓN

DE GENERO

diego irarrazaval

Chucuito, abril de 200l.

INTRODUCCIÓN

Una tarde cualquiera, observo a gente que va aburrida en el omnibus; a exepción de los rostros radiantes de una pareja que va conversando. Es algo bello y esperanzador; contrapuesto a nuestro mundo donde hay tanto sinsentido y rutina,

A cada persona nos envuelve la rutina parametrada. Pero hay momentos de gracia divina y felicidad concreta; y nos fascina ser transformados/as. Todo esto es obra del Espíritu.

A lo largo de una década y media he comenzado a tomar en cuenta la realidad del «género», aquí en el Perú y en eventos en otras latitudes (Bogotá, Curicó, Rosario, San José, Talca, Belo Horizonte, Cochabamba). Un primer momento fue dialogar con teologas mujeres, revisar mi propio caminar, y considerar la problematica eclesial (he escrito artículos y un ensayo llamado «Renacer masculino»). Un segundo momento ha sido dar aportes en talleres y cursos con grupos cristianos y en especial con personas de la vida religiosa (fruto de esta experiencia ha sido el ensayo «Mística y acción de género»). Cuando el dialogo ha sido en encuentros de la Vida Religiosa, a dicho título le he añadido las palabras «que nutren la vida religiosa», y he añadido párrafos dedicados a esta realidad eclesial.

Vamos a dialogar sobre una honda veta de la renovación de la vida cristiana: la praxis y espiritualidad del «género». Es extraña esta palabra (que hace referencia a la ropa). No interesa la palabra. Lo que nos importa es ser nutridos y vivir bien, como varones y mujeres, en la causa del Reino de Dios.

Mi aporte tiene dos momentos.

Primero: un transfondo espiritual y teológico. Dios es amado con ojos y corazón de mujer y de varón. Estas vivencias subyacen a la evangelización, que tiene rasgos femeninos y

masculinos. La eficacia de nuestra labor pastoral depende de la calidad de nuestra aproximación al cercano e ingotable Misterio del Amor.

Segundo: expongo una visión/acción de género. Ésta nos transforma como personas, e incentiva el cambio del mundo violento en que nos encontramos. Lo femenino y masculino tiene que ver con relaciones y poderes. Pongo acento en lo masculino; planteo la mutación, del androcentrismo a la relacionalidad. Ésta es tarea de varones y mujeres.

Antes de seguir adelante, caben unas aclaraciones.

¡Estamos en terrenos complejos y apasionantes! El género no es un «tema de moda» ni un «calmante»; más bien constituye una vivencia, una nutrición, una energía, que nos interpela.

Me parece que ser mujer y ser varón son realidades en lo biologico, cultural, económico, afectivo, espiritual. No es algo unidimensional ni algo estático. No caben pues categorías esencialistas (p.ej.: «el varón es esencialmente autónomo...»).

La perspectiva de género trata lo masculino y lo femenino, en cuanto a identidad, poderes, procesos, religiosidad. No es una varita mágica. Tampoco es algo «todista» (vale decir, la actitud de quienes todo lo explican con categorías de género); ni es sectaria; ni es segregacionista.

Hay mucho debate sobre el feminismo; algunos lo consideran sinónimo de género. Creo que «género» es una visión/acción nueva e integral, que se conjuga con otras lecturas de la realidad.

Mi hilo conductor es la relacionalidad. Ella resalta en el modo de vivir y en la filosofía andina.(1) Lo relacional también sobresale en teorías de género, en la teología cristiana del Amor.

Primera Parte:

AMAR A DIOS, COMO

VARON Y COMO MUJER

Recuerdo un sabroso dialogo con Samuel Rayan, teólogo de la India. Su sencilla y cálida mística me cautivó. Varias personas hablábamos, con angustia, sobre conflictos doctrinales en la Iglesia. Samuel Rayan nos miró y sólo dijo: la verdadera fe me la comunicó mi madre. Así es. La verdad de Dios nos suele llegar a través de personas amadas.

A menudo nos aprisionan las polémicas. Me parece saludable el debate sincero y desestabilizador; pero veo como enfermiza mucha palabrería sobre Dios. Las cuestiones de fondo no son definir lo sagrado; ni tampoco la confrontación varón-mujer. Lo más importante, ya sea en el dialogo teólogico, en la vida religiosa, en las temáticas de género, es la simple espiritualidad.

I) MISTERIO Y

REPRESENTACIONES DE DIOS

Ya que sobre Dios son dichas tantas palabras (¡demasiadas!), vale recordar, en silencio, que estamos ante un admirable Misterio.

A) MISTERIO.

Comenzamos con una pregunta (¡que no tiene respuesta, pero que es fundante!): ¿qué es el Misterio? No es un objeto de

conocimiento. Santo Tomás decía que el acto de fe tiene como meta contemplar la realidad divina; su meta no es el simple lenguaje de la fe («el enunciado»). En otro escrito decía «a Dios se le honra con silencio...somos incapaces de comprenderlo» (2). Dios-Misterio es en quien vivimos, a quien amamos, a quien oramos (no es pues un concepto ni una cosa sagrada). San Pablo ha escrito: «en Dios vivimos, nos movemos, existimos» (Hechos I7:28).

Con respecto al Misterio, hay varios enfoques.

Es un término griego. En la espiritualidad y teología de Oriente ha tenido acentos cristológicos y pneumatológicos; en el mundo latino se tradujo como sacramento (como una acción concreta).

El enfoque racionalista contrapone la razón científica y técnica (por un lado) y lo misterioso (por otro lado). Esto ha favorecido el agnosticismo moderno.

Nuestra vivencia creyente conlleva un enfoque revelacional. El Misterio se nos manifiesta. Se trata del misterio del Reino, acogido por discípulos/as (Mc 4:II). Dios revela el misterio establecido en Cristo; en Él los judíos son elegidos como pueblo para su Gloria, y, los gentiles son adoptados (con la Palabra de salvación y el sello del Espíritu) para la liberación y Su gloria (Ef I:9-I4). También se dice que el secreto de Dios es el Mesías (Col 2:2).

Otro modo de acercarnos al tema es mediante lo simbólico en el acontecer humano. Vemos el contraste entre el Misterio de Dios y el vicio de la Idolatría. Con respecto a esto último, hay buenos estudios bíblicos hechos desde América Latina(3). La mayor negación del Misterio no es por el ateísmo sino por la idolatría del sistema humano que oprime al pobre.

Otro enfoque proviene del género. El Misterio es interpretado como un Poder-Relacional. Esto es planteado por la teología feminista y en general por teologías modernas.(4) El Misterio del amor nos empodera para relacionarnos bien.

La cuestión de fondo es caminar y amar apasionadamente el Misterio. Es un caminar, es una mística, es una espiritualidad terrenal. Así lo manifiesta la población andina (5), y también la guaraní, y también los sectores pobres. Por consiguiente, el Misterio no es algo aterrenal y ahistórico; más bien es relacional y concreto.

B) **TENDENCIAS IDOLÁTRICAS**.

«Ustedes los católicos tienen ídolos». Es lo que a menudo nos dicen personas de grupos sectarios. Nos hiere y nos fastidia. Pero el asunto de los ídolos no corresponde a una u otra iglesia.

Se ha ido desarrollando, en América Latina, una amplia reflexión sobre la idolatría. Es una temática multidimensional, y tiene implicancias sociales. No sólo existen cosas sacralizadas; también hay sistemas idolatrados; ésto ocurre con el mercado totalitario, que es considerado omnipotente y cuyos bienes dan felicidad.

Me limito a anotar el factor masculino (en la idolatría). Los varones -marcados por el machismo- nos proyectamos y distorsionamos el misterio de Dios. Le reducimos a nuestra imagen y semejanza masculina. «Dios» es desfigurado cuando lo hacemos parte de una planificación pragmática (y masculina) de la vida. Los varones nos auto-definimos como dueños de la historia. En términos generales, tendemos a cosificar lo sagrado. Además, concentramos lo espiritual en lo subjetivo; lo concentramos en la experiencia del sujeto varón que se atribuye una relación privilegiada con Dios.

C) **DIOS-RELACIONALIDAD.**

Hace un momento nos preguntamos ¿qué es el Misterio? Otro interrogante radical es ¿cómo es Dios? Muchas experiencias nos indican su Presencia como «relacionalidad».

La idolatría es impugnada y superada por un paradigma relacional. Dios no es algo que controlamos y cosificamos; es una realidad personal y transcendente, de caracter relacional. El Misterio divino es apreciado mediante vínculos, con la divinidad (en sus representaciones), y, en la humanidad y en la creación.

Ivone Gebara y María Clara Bingemer lo han dicho así: «los unos para los otros somos presencia de Dios...toda la humanidad es templo, morada de Dios; la relación con él se da a través de la relación misteriosa entre las personas, habitadas por su propio Espíritu» (6). Algunos dicen: este lenguaje sobre Dios es difuso e impreciso. No es así. El lenguaje relacional es más profundo y concreto.

D) **REPRESENTACIONES.**

Cuando tenía dieciseis años me presionaron para ir a una procesión de la Virgen del Carmen (en Santiago de Chile). No me impactó. En el Perú he comenzado a valorar las imágenes.

Las imagenes son imprescindibles (a pesar de sus ambiguedades). No vemos a Dios cara a cara, sino a través de sus mediaciones. En forma definitiva, es Jesucristo quien nos ha revelado como es Dios.

Hay tipos de representaciones que tienen gran peso en la Iglesia de hoy. Sobresale la imagen progenitora: Dios como Padre (y en algunos sectores también como Madre). Hay representaciones de poder: el Señor y Creador (y también el Castigador). Ante esta problemática, algunos comienzan a hablar de Padre y Madre. Me parece que hay que revisar todas

las imágenes, y de modo especial el caracter androcéntrico de imágenes del Omnipotente y el Patriarca.

Por otro lado, abundan las representaciones de carácter cósmico. Las poblaciones amerindias y afro-americanas se vinculan con la Tierra, y con personas antepasadas, y con espiritus. La creencia en la Providencia tiene aspectos cósmicos. Otro tipo de acento en la naturaleza es puesto por la creciente afición a los horóscopos y a formas esotéricas.

También tienen gran peso las representaciones de caracter soteriológico. Esto es lo más común en la vivencia popular del cristianismo. La fe va dirigida directamente a Dios, o bien indirectamente a Santos y Santas porque salvan a personas necesitadas. Tanto en lo cósmico como en lo soteriológico uno puede reconocer valores relacionales, y dimensiones de género.

Con respecto a representaciones, imagenes, y modos de hablar de Dios, la tradicion eclesial nos brinda buenas advertencias. Anoto uno de tantos hitos en la trayectoria pastoral y magisterial. El IV Concilio de Letrán nos ha enseñado lo siguiente: «no puede afirmarse tanta semejanza entre el Creador y la criatura, sin que haya de afirmarse mayor desemejanza» (Dz 432). Ante lo dicho en positivo acerca de Dios, hay más que decir en negativo (la desemejanza).(7) Cuando este tipo de advertencias no es acatado, el hablar sobre Dios pasa a ser incorrecto.

A continuación veremos unas líneas bíblicas, y luego unos buenos signos en nuestro acontecer histórico y espiritual.

2) MUJERES Y VARONES

EN LA BIBLIA.

Tenemos un mosaico de voces y de modos de relación con el Misterio del Amor. Nos detenemos en unos casos muy significativos. En sí misma la Biblia no tiene una hermenéutica de género (ésta es desarrollada en la reflexión cristiana a partir de los años 80 y 90 del siglo 20). Lo que puede hacerse es una relectura desde criterios de hoy.

A- **ANA Y MARIA.**

Veamos lo ocurrido a dos mujeres judías cuyos vínculos con Dios les salvó como seres humanos. Concretamente les salvó como mujeres. Ellas fueron más allá de pautas patriarcales.(8)

Ana de Ramá hace un pacto con Dios, y con libertad ofrece a su hijo; luego canta al Dios que le salva y da poder; y niega que el ser humano triunfe por su fuerza (I Samuel 2:1-10). En forma similar, María de Nazaret alaba y goza al Dios fiel a su pueblo, que salva a quienes son últimos, y que hace caer a quienes estan arriba en el poder (Lc I:46-55). En ambos casos, la mujer que es salvada por Dios no esta amarrada a redes patriarcales.

B- **JUAN Y JESÚS.**

Pasemos a ver dos casos masculinos. El judío Juan Bautista se ubica en los margenes del desierto. No esta involucrado en el centro del poder, detentado por varones. Juan exige conversión y cambio radical a cada persona; su anuncio de liberación no es auto-centrado (Mt 3:Iss).

El caso de Jesús de Nazaret es del Hijo de Dios. De acuerdo con la voluntad de su Padre, Jesús prefiere a toda persona marginada en aquella sociedad jerárquica y discriminatoria. Dicha opción conlleva ser acompañado por mujeres discípulas, dialogar con la samaritana y con la prostituta, ser enseñado por la sirofenicia. A la vez, el Maestro interpela a sus amigos varones a no ser dominadores ni «primeros», sino a ser como sirvientes y como niños. Lo más importante es su íntima unión y enseñanza sobre Dios: «Abba» (papito). Es un Dios lleno de misericordia maternal, como lo indica la parábola de Lc l5:11ss. (Lucas suele ser valorado por su reconocimiento de la relación Dios-pobre, y por resaltar a la mujer; también Lucas traza líneas no androcéntricas -según un lenguaje de hoy.)

Estas pinceladas bíblicas pueden motivar la relectura de la historia de salvación, con los ojos del género, a fin de apreciar mejor el rostro de Dios.

3) MUJERES Y VARONES DE AMERINDIA.

Pasamos ahora a la polifacética simbología latinoamericana. Tiene sus ojos para contemplar y amar a Dios. En este mundo andino, los «ojos» del ser humano indican capacidad sensible e inteligencia. Por eso, hablar de los ojos con que miramos a Dios es una manera de hablar de un vínculo integral con Dios.

A- PRINCIPIOS AUTOCTONOS.

Las creencias autóctonas en Dios han sido desarrolladas por varones y por mujeres. Se trata de actitudes relacionales hacia el Misterio; se expresan imágenes no patriarcales ni

androcéntricas.(9) La civilización nahuatl ve a la divinidad como madre y padre, señora y señor de la dualidad y de nuestra carne. Los mayas-tseltales también le invocan como Padre y Madre. En la creencia mapuche, «Gnechen» es una divinidad Anciano, Anciana, Joven varón, Joven mujer; son relaciones complementarias (aunque el factor joven esta subordinado a la ancianidad). En el caso guaraní, lo sagrado no es un objeto estático, ya que es visualizado como tierra-sin-mal que es buscada y esperada.

Asociar a Dios con Tierra es un denominador común de muchos pueblos autóctonos, cuyos esquemas no estan centrados en lo masculino. También es muy significativa la asociación que hacen entre Dios y sus antepasados (en que varones y mujeres tienen igual dignidad).

B- **JUANA INÉS Y ROSA.**

Hagamos memoria de mujeres extraordinarias. Es significativo que la mujer, postergada en la Iglesia, pasa a ser maestra de cómo es Dios. Tomo los ejemplos de Sor Juana Inés de la Cruz (+1695), y Santa Rosa de Lima (1586-1617).(10)

La teóloga Juana comunica su visión espiritual como mujer. Leemos unas líneas notables:

«Que hoy bajó Dios a la tierra
es cierto; pero más cierto
es, que bajando a María,
bajó Dios a mejor Cielo...
Conveniencia fue de todos
este divino Misterio:
pues el hombre, de fortuna,
y Dios mejoró de asiento.
Su sangre le dió María
a logro; porque a su tiempo

la que recibe encarnando,
restituya redimiendo;
si ya no es que, para hacer
la Redención, se avinieron
dando moneda la Madre
y poniendo el Hijo el sello...»

Estos versos leen la historia de la salvación según melodías elaboradas por la mujer. María-mujer es el mejor cielo (mejor que donde esta Dios!); allí Dios encuentra mejor asiento. Además, con la sangre de María es como Jesús hace la redención.

En cuanto a Santa Rosa, un testigo de su tiempo narra su comunión con Dios. «Aviendo levantado el espíritu a la Santísima ymagen (N.S. del Rosario), la avia hallado con rostro muy alegre y gozoso, y que según su afecto le avia buelto a mirar al santísimo Niño Jesús que tenía en sus brazos el qual avia hallado con semejante alegría, y que con ella le avia dicho estas palabras: `Rosa de mi corazón se mi esposa´ y que así para disponerse de su parte a este desposorio avia hecho un anillo...». Una bella vivencia. En el estilo de la mística de esa época, es narrada la alianza matrimonial entre el niño Jesús y la joven Rosa. Ella, y así también Juana, son maestras de la fe para varones y mujeres de ayer y de hoy.

C- **MODOS MASCULINOS Y FEMENINOS**.

En cuanto al actual imaginario cristiano, existen modos femeninos de ver a Cristo, y modos masculinos de ver a María. En unos casos andinos (11), constatamos la superación de esquemas deshumanizates. Mujeres peregrinas a Qoyllur Rit´i dicen que ellas a ese Cristo le tienen «devoción»; añaden: «haces una promesa que tienes que cumplir»; al Señor «le bailan con amor, con cariño, con bastante alegría...con esa fe».

También me impresiona la devocion a María por parte de varones andinos (que a la vez veneran a Pachamama). A María la ven como protectora que bendice y ayuda; y al no actuar bien -según algunos- Ella castiga («castiga a los que actúan mal con los demás»); otros opinan que no castiga («no nos castiga la María por ningún motivo»). Constato que estas personas han modificado el tema del castigo, inculcado por una cristiandad culpabilizadora. También constato lo más importante: gente sencilla es la que muestra cómo es Dios.

En estos terrenos hay mucho por trabajar. ¿Qué rasgos masculinos, en la relación con Dios y Cristo, no son patriarcales? Más bien ¿corresponden al Evangelio, y nos humanizan a varones y a mujeres? Algo similar uno se pregunta sobre la condición femenina y sus modos de relación con Imagenes de Maria, de Dios, del Espíritu. Todo esto merece ser indagado y elaborado.

4) NOMBRAR A DIOS.

Permítanme comenzar con una vivencia estremecedora. De repente quedé sin palabras. Me di cuenta que le invocaba como «Señor», como «Dios mío», y con otros términos. Sentí que su Presencia Amorosa es muchísimo más de lo que uno dice. Mi boca se llenó con una melodía, sin palabras; me dirigí a Dios sólo con música. ¿Cómo es la experiencia de cada uno de ustedes?

He dicho algo de como Dios es sentido y amado por personas bíblicas, y luego por personas de nuestros ambientes amerindios. Ahora nos detenemos en las «invocaciones relacionales», marcadas positivamente por la condición masculina y la condición femenina. (Aquí no voy a tratar la cuestión de rasgos humanos atribuídos a la divinidad transcendente; a menudo es una proyección que a Dios le reduce a intereses mezquinos e idolátricos).

A- **LA TRINIDAD.**

Muchos de nosotros/as hemos enseñado (a jovenes y adultos); hemos compartido cómo es y cómo actúa Dios; tal vez nos ha sido difícil explicar la Trinidad. No hay mucho que explicar; sí hay mucho Misterio para contemplar y celebrar.

La fe cristiana tiene sus fundamentos. En esta tradición resalta la relacionalidad en Dios; su Presencia es Trinitaria. Es la Trinidad quien constituye al ser humano como ser relacional y ser en proceso de liberación. Al respecto anoto dos iluminaciones teológicas.(I2) Gerhard Muller acota: el «ser-amor-trino de Dios es el presupuesto para que el ser humano pueda entender el sentido de la creación...y haber sido llamado a participar en aquel amor que actúa en Dios mismo...». Ronaldo Muñoz explica al «Dios-amor en la historia humana de la liberación», que como Comunión Trinitaria com-padecen y juzgan, co-crean y se dan, cons-piran y gozan.

Me atrevo a afirmar que la perspectiva de género, que es relacional, tiene sus raíces de fe no en uno u otro aspecto del cristianismo, sino en el corazón de la revelación trinitaria. Éste es un fundamento doctrinal, avalado por la experiencia de fe.

Se trata de una fe profética, gozosa, y constructiva. Así expresa Brígida Weiler la fe en la Trinidad; una fe que trabaja contra la opresión social, económica, cultural, de género; y, una fe en la Trinidad con «el gozo de construir puentes hacia el otro y de tejer una gran red de relaciones que sea como un tapiz cuya belleza surge desde la combinación de hilos de diferentes colores entramados» (I3). ¡Amén!

B- **RELACIONES CON DIOS.**

Ahora bien, ¿cómo las personas en América Latina nos relacionamos con Dios? Hay muchas clases de vivencias; y

muchos matices. Aquí no abordaré toda esta temática. Sólo deseo mostrar algunas dimensiones de género.

La relación con el Padre tiene unos acentos masculinos. Es visto como Creador, y como Salvador; ambos nombres hacen referencias al modo como varones decidimos las cosas de este mundo y del más allá. El lenguaje sobre Dios también tiene unos acentos femeninos, que me parecen mayores que los anteriores (los masculinos). Dios es la Vida en todos sus detalles y procesos (de lo cual da mayor testimonio la mujer). También es Providencia y quién Cuida lo creado y a las personas y los acontecimientos. Además, dada la identidad festiva en América Latina, admiramos la Gloria de Dios. De acuerdo con nuestra identidad orante, a Dios se le trata como Papito (Abba), con características cercanas, misericordiosas, salvíficas.

La relación con Jesucristo tiene hondas dimensiones femeninas; ya que es considerado Sanador, y es considerado un Profeta valiente. Su presencia es honrada en el hogar y en lo cotidiano; vale decir, en espacios donde tiene más peso lo femenino. (El templo patriarcal es algo secundario). A esto se suman los acentos masculinos. Cristo es Señor y es Maestro, que congrega a colaboradores, y que es venerado como varón Crucificado y Milagroso. Cabe añadir la presencia de Cristo en la Comunicación, en la Palabra. Es un fruto de la amplia y rica lectura popular de la Biblia, hecha por mujeres y hombres del pueblo sencillo y sabio. Esto lleva a muchos a reconocer y celebrar al Hijo de Dios en la Palabra Viva.

La relación con el Espíritu es más frágil y esporádica, debido a las deficiencias en la enseñanza de la fe. Hay unos acentos femeninos: Dios como Consolador, Dios en los carismas. También hay unos acentos masculinos; la experiencia de Dios al hablar, al confrontar el Mal, al Gobernar.

A mi modo de ver, estas vivencias -del Espíritu, de Cristo, y del Padre- manifiestan una relacionalidad espiritual con rasgos concretos. Al respecto me impacta la reflexión de Dorothe Solle; ella muestra su molestia ante el discurso de «aspectos femeninos» en Dios, porque lo crucial es sentir y descubrir a Dios en lo cotidiano; también nos invita a ser cautelosos en los pronombres (si Dios es Padre, si es Madre) ya que lo importante es «otro modo de pensar sobre la transcendencia» (I4). No es posible apropiarse de Dios. Sí vale redescubrir nuestra existencia en Dios. Desde una sólida espiritualidad es posible nombrar a Dios, sin caer en idolatrías.

5) ESPIRITUALIDAD,

NUTRIDA POR EL GÉNERO.

No vamos a cerrar los ojos y poner cara de santidad. No. Más bien, la palabra «espiritualidad» ¡tan larga y seca! será considerada con la melodía del género.

A- OBRA DEL ESPÍRITU.

Esta obra no es planteado debido a una auto-suficiencia ni a una superioridad frente a otros sectores de Iglesia. De ninguna manera. En el caso de la vida religiosa, confiamos que la «refundación» es obra del Espíritu. La refundación de la vida consagrada es inseparable de otros grandes desafíos.

Como ha dicho Simón Pedro Arnold: «somos los parteros de un nuevo mundo, de una nueva Iglesia, en la hora en que todas las recetas basadas en el poder han fracasado, tanto en el mundo como en la Iglesia»(15). Desde los margenes, desde la impotencia, brota lo nuevo. Me llama la atención como empleamos la imagen del parto. Para los varones me parece un exelente imaginario. Podemos ser colaboradores (y no dueños) en la gestación de la humanidad y eclesialidad nueva.

B- LINEAS REFUNDADORAS.

La obra del Espíritu conlleva líneas espirituales bien precisas. Me detengo en cuatro aspectos de una perspectiva de género. Son puntos dialogados en varios lugares de América Latina (y agradezco a quienes me han dado estas luces).

1- Nuestros carismas son llevados a cabo en solidaridad con el pobre. Ésta relacionalidad con el pobre, en quien reconocemos a Cristo, es el pan de cada día del ser discípulos/

as. No nos acercamos y convivimos con el pobre de modo androcéntrico (decidiendo y pensando sus vidas); sino que la opcion por el pobre tiene una calidad relacional, festiva, políticamente fecunda.

2- Una segunda característica es la iniciativa de personas jóvenes, con mayor apertura y sensibilidad a la visión de género. Salvo excepciones, las personas de mayor edad mantienen pautas androcéntricas. Las generaciones nuevas son capaces de transitar por caminos relacionales.

3- En tercer lugar, valoramos la inculturación llevada a cabo en los márgenes. La cultura dominante es machista. En las culturas de los pobres hay resquicios y alternativas; a veces la mujer tiene un papel protagónico, donde se confronta mucha discriminación, y donde se tejen relaciones de dignidad y justicia entre varon y mujer.

4- En cuarto lugar, se ha iniciado, con perspectiva y espiritualidad de género, la relectura de trayectorias históricas en la vida religiosa (desde las personas fundadoras).(16)

Junto a otras personas opino que el porvenir de Iglesia es inseparable de la búsqueda humana por la Vida y la integridad de la Creación.

C- **PROPUESTA RELACIONAL.**

Voy terminando. La pneumatología constituye la base de nuestra reflexión y acción. Esto es cierto en la sociedad humana y en ámbitos eclesiales. No se trata de un Espíritu anónimo; se trata del Espíritu de Jesucristo.

Ya ha sido anotado como el Maestro de Nazaret superó esquemas androcéntricos. Así nos cabe actuar a discípulos/as en la actualidad. Lo hacemos por fidelidad a su Espíritu.

En algunas ocasiones el «género» pasa a ser consigna y asunto «de moda». No es nuestra actitud. Si somos fieles al Evangelio, se trata de un movimiento del Espíritu de Dios. No es una moda superficial y pasajera.

Más bien la cuestión del género es una propuesta y una alternativa. Hasta puede decirse que es una opción renovadora. Ésto no es dicho en el sentido de reemplazar la opción por el pobre. Más bien se trata de ahondarla y ampliarla.

A lo largo de estas líneas estoy recalcando la relacionalidad. No es algo neutral, ya que se rompen cadenas discriminatorias, y se forjan vínculos liberadores. También ha sido recalcada la epiritualidad en sintonía con el Misterio. Tanto la condición masculina como la condición femenina son fortalecidas gracias a la relacionalidad del Amor.

Segunda Parte:

VISIÓN Y ACCIÓN DE GÉNERO

En el uso de la computadora soy bien torpe (y también en otras cosas que no me gusta decir en voz alta!). En este terreno de la informática, me impacta la publicidad, con sus anuncios de los últimos inventos. Si uno no los adquiere queda como un dinosaurio. Ciertamente es maravillosa la tecnología. Pero ella va acompañada con muchas ilusiones y modas pasajeras.

No quiero que lo de género sea tomado como una moda más ¡para pronto ser descartada! A mi modo de ver, se trata de una manera de vivir y de replantear poderes y relaciones.

¿Por qué? Por fidelidad a la Presencia de Dios que nos interpela con sus signos de los tiempos; por fidelidad a la Iglesia donde estamos insertos; por fidelidad al orígen y trayectoria de la vida religiosa. Estas convicciónes han sido ratificadas por Juan Pablo II, en el sentido de «la creatividad y santidad...en respuesta a los signos de los tiempos en el mundo de hoy» (I7).

Esta fidelidad creativa tiene dimensiones concretas. Nos solidarizamos con personas pobres porque juntos/as apostamos por la vida. Damos gracias por el aire fresco de la oración y la pausada y ardua búsqueda espiritual. Otro gran impulso proviene del testimonio martirial, en Centro América y otras latitudes. Mártires anónimos y líderes de iglesia nos abren nuevos caminos. Otro factor es la inculturación sumada a la opción por el pobre. También nos alienta la visión y acción de género.

A esto último dedico las páginas siguientes. No lo trato como algo encerrado en sí mismo. El género forma parte del proyecto de nueva humanidad y de renovación de la creación. Se

trata de un dinamismo que incluye sensibilidad, perspectiva, acción, espiritualidad, convivencia cotidiana, pensamiento.

Cada persona tiene sus momentos, fases en la vida, defectos y aciertos. En mi caminar he puesto acento en la acción pastoral, en lo socio-político, en labores teológicas, en el discernimiento de culturas y religiones. A todo esto añado la cuestión de género, dado el cambio de época en que nos encontramos. Para mí no es una especialización; hay gente experta en género con quienes conviene dialogar; lo estoy haciendo desde hace unos años. Mis aportes son entusiastas; pero advierto que son sólo tanteos y ensayos provisorios, que pueden ser ampliados y corregidos. Veo que el «género» es como un buen terreno donde muchas personas siembran la vida; y a los varones nos corresponde una labor y una mística.

Voy a desarrollar cuatro temas. I) Contextos y desafíos. 2) Cuestiones de género. 3) Deshumanización masculina. 4) Ser varón-en-relación. 4) Exigencias en la vida cristiana.

I) CONTEXTOS Y DESAFÍOS

Nos envuelven y nos sorprenden muchos signos de un cambio de época. Nos encontramos dentro de una modernidad globalizada. Lo global interactúa con lo local; lo universal esta en tensión con nuestras particularidades. La modernidad tiene nudos que hay que desatar. No es uniforme, ni estática, ni eterna. Existen fuerzas emergentes, modos de vida contrapuestas, y pequeñas y grandes tendencias hacia algo nuevo.

A- DISCERNIR NUESTRA EPOCA.

Algunos hablan de la crisis y el paso de lo moderno a lo posmoderno. Otras opiniones acentúan la rápida innovación tecnológica y la globalización económica; serían unos avances sólidos que persistirían muchas décadas. Algunos añoran un

pasado mejor que el presente (¿fue así?); o bien se aferran a seguridades de caracter fundamentalista. Por otro lado, constatamos que el mercado mundial es agresivo y totalitario; éste seria el mayor problema de nuestro mundo. En cuanto a signos de esperanza, sobresale la irrupción del pobre con sus luchas, culturas, religiones. Hay pues muchos procesos y señales de un cambio holístico. Cabe discernir qué ocurre y adonde va el mundo.

Me parece urgente que personas cristianas nos atrevamos a encarar preguntas radicales: ¿cómo es el cambio de época..., qué deseamos, qué hacemos, cómo oramos, a dónde vamos? El hecho que existan interrogantes radicales indica un cambio de época.

Estos cambios son encarados desde varios puntos de vista. Es muy saludable el discernimiento y el debate. Parece que es un cambio de civilización, en un sentido mundial y en el plano local.

Esto preocupa a los organismos latinoamericanos de la Vida Religiosa. Asi lo consignan las Asambleas Generales de la CLAR.(I8) En I997 la CLAR se proponía «ser señal profética de esperanza ante el desafío del cambio de época...»; y en el 2000 la CLAR plantea «acoger las interpelaciones de un mundo con nuevos paradigmas, que reclama expresiones de Vida Religiosa más significativas para el hombre y la mujer de hoy». Comparto estas preocupaciones; y mi aporte se suma al de otras personas.

B- **ESCENARIOS RELIGIOSOS.**

También somos interpelados por nuevos escenarios religiosos.(19) La experiencia de lo sagrado esta más enmarcada por la individuación e interiorizacion. Cada persona escoge y desarrolla su modo de creer. Esto conlleva (entre otras cosas) un menor peso de parámetros patriarcales.

Por otra parte, el mercado ha sido sacralizado; el orden económico agrede principalmente a gente pobre, a mujeres (las más oprimidas en la globalización) y también a varones. Pues bien, al ser fascinados e idolatrar los bienes ofrecidos por la economía moderna, todos/as nos deshumanizamos. Por consiguiente, además de la crítica a versiones cristianas del patriarcado, hoy nos cabe confrontar la «religiosidad» de una economía totalitaria con sus ídolos egocéntricos y materialistas.

Otro fenómeno alarmante son los fundamentalismos. Estos crecen y se diversifican. Aunque la sociedad se ha estado secularizando, proliferan formas religiosas de naturaleza autoritaria y fundamentalista. Se exalta la sumisión a quienes ejercen poderes sagrados. Se reafirman dualismos, y negaciones del «otro/otra». Esto obstaculiza el crecimiento humano y espiritual a través de sanos vínculos de género.

El panorama religioso no sólo es sombrío y amenazante. A mi parecer las formas principales son la espiritualidad de la mujer y varón que acarician y cuidan la vida. Esto caracteriza a la religión popular; con sus modos inculturados de orar, gozar, practicar la solidaridad. Además, los cristianismos existentes en ambientes marginales (en el Tercer Mundo) estan mayormente en manos de mujeres y de gente pobre. Ellas/os cultivan sus símbolos y espacios de salvación.

También uno aprecia los sincretismos; donde hay protagonismo de gente marginada, y hay vetas pluralistas e inter-religiosas. Muchos sincretismos se contraponen a pautas de tipo jerárquico y patriarcal. Es una realidad llena de controversias. Considero que cada tipo de sincretismo merece ser evaluado, sin prejuicios.

Todo este escenario de lo sagrado, ¿cómo nos afecta? Nos preocupamos tanto de formas hegemónicas (la sacralización económica y tanto más), como de las formas humanizadoras en

que varon y mujer expresan su gozo y libertad gracias al Espíritu. Esto implica que retomamos contacto con espiritualidades de la población sencilla y sabia.

C- **MUJER Y GENERO.**

Otra clase de desafío nos viene de parte de iniciativas de mujeres y de la perspectiva de género.

En mi trayectoria, durante varias décadas estoy dialogando y realizando tareas junto a mujeres teólogas. Una primera fase fue sintonizar con sus modos de actuar, pensar, y celebrar la fe. He estado atento a sus métodos, opciones epistemológicas, y espiritualidades. En este primer momento he vivido muchas sorpresas, terremotos, descubrimientos.

Una segunda fase ha sido ingresar a la visión/accion de género. De modo sincero agradezco a las amigas que me han introducido en este modo de sentir, hacer, pensar, y creer. Lamento que sólo en estos ultimos años tenga estas oportunidades; habría llevado a cabo de otra manera mi vida pasada. Menciono estos detalles porque así es la experiencia de otras personas; debido a iniciativas de mujeres hemos ingresado a la ruta de género.

En términos personales no tengo una ubicación en el feminismo; pero sí desde hace unos años estoy transitando por las bellas y cuestionantes rutas del género.

Opino que entre mujer y género hay conexiones y también hay distinciones. El multifacético movimiento de mujeres, y el feminismo, estan íntimamente conectados con la temática del género; pero, éste es no es sinónimo del primero. Al respecto hay mucho malentendido. A menudo escucho a personas, tanto mujeres como varones, decir feminismo=género. Lo que es cierto es que la mujer ha trabajado más el género; los varones

estamos dando unos primeros pasos; y ellas tienen una historia más rica.

Es pues importante ponerse al día, y ver lo elaborado y proyectado por otras personas.(20) Constatamos que dentro de los movimientos de cambio social, durante el siglo 20, ha brotado el amplio movimiento de mujeres. Ellas han trabajado su identidad, sexualidad, acción social y política, religiosidad, ciencia y filosofía, y tanto más. En la segunda parte y sobretodo hacia fines del siglo pasado, han proliferado los trabajos de género. Ésto es algo reciente y emergente. No es una moda ni algo pasajero. A mi parecer es una energía profunda, que se articula a otras maneras de transformar y cuidar la persona, la sociedad, la naturaleza, y los vínculos con el Misterio de la Vida.

Termino la sección sobre grandes signos de nuestros tiempos. Leemos signos del cambio de época en este mundo globalizado, los escenarios espirituales, la irrupción del pobre y la insurgencia de la mujer, la visión/acción de género. Estos y otros grandes signos merecen discernimiento, nos desestabilizan, nos interpelan, nos invitan al testimonio profético y a senderos de libertad.

2) CUESTIONES DE GENERO

Vamos entrando al segundo momento de nuestro dialogo. La primera parte ha explicitado la espiritualidad. Ésta la comparo con el corazón que palpita y difunde la sangre vital. En esta segunda parte estamos considerando la visión/acción de género; es como la sangre que corre por todo nuestro organismo y por la casa común.

Al mirarnos hay muchos rasgos similares y también ¡tantas diferencias! Con ojos de fe palpamos el misterio de cada ser

humano. Además, en cada contexto y proceso humano, el ser masculino y el ser femenino tiene sus peculiares estructuras y prácticas, incoherencias y trampas, posibilidades y emociones.

Por consiguiente, no caben definiciones simplistas. Sí es posible decir algo en términos generales, en el sentido de enunciados y aproximaciones. Esta labor no debe pasar por alto cada matiz, cada textura, cada ambiguedad en la existencia concreta...

La característica y vivencia sexual nos hace varón o mujer; además, la historia personal y social marca nuestros rasgos masculinos y femeninos. Estas cuestiones de género dependen mucho de los procesos culturales y de la edad de las personas. Por ejemplo, en una situación boliviana existen dos generos biológicos y cinco géneros simbólicos, que se conjugan entre sí; otro ejemplo: mujeres del pueblo peruano estan devaluando la actitud sacrificial y van buscando más la felicidad personal.(21) También constatamos actitudes muy distintas entre generaciones; personas jovenes tienden a flexibilizar roles de género (como el compartir roles domésticos y el cuidado de criaturas), mientras que nuestros papás y mamás tenían roles casi inmutables.

A- **ELEMENTOS TEÓRICOS**.

La producción teórica es voluminosa y creciente; selecciono unos aspectos (que me parecen relevantes a quienes dialogamos en este encuentro de religiosos/as).

Nos han acostumbrado, como explica Marcela Lagarde (22), a la mujer-para-los-otros y al varón-para-sí-en-el-mundo. Ella no puede ser feliz; tiene que complacer a otros, según designios patriarcales. En cuanto al varón, es propietario del mundo y busca su gratificación. ¡Esto no debe seguir así!

Yo me pregunto ¿podemos ser-con-otra y con-otro y desde tal vivencia ser-para-sí? Lo digo no en forma egocentrada, sino en el sentido de ser-para nosotros/as y ser auténtico en sí mismo. Esto nos conduce al ser-en-Dios. Cada uno puede relatar sus vivencias. Por mi parte lamento haber asumido durante tantos años el esquema de ser superior; y deseo afianzar el ser-con y ser-en-Dios.

También ahora me doy cuenta que veía lo masculino como «natural» y «esencialmente» racional, fuerte, etc., y a lo femenino como emocional, frágil, etc. Son estereotipos dualistas. La realidad no es así.

Más bien vale reconocer lo masculino y lo femenino dentro de procesos individuales y colectivos. Existen en plural las condiciones masculinas y femeninas; p. ej. la empleada de hogar y madre soltera es bien distinta a la ejecutiva con su familia nuclear. Por eso hay que ser cauteloso ante generalizaciones.

A menudo me preguntan ¿qué es eso del género?. Anoto lo que leo en varios escritos: género es una construcción socio-cultural de lo masculino y lo femenino. Son significados atribuídos a las diferencias sexuales. Existen varias dimensiones: identidad, conducta, relaciones, estructuras de poder, simbologías. Cuando me piden ser breve digo: género son relaciones y poderes. Éstos son evidentemente unos conceptos abstractos y simples; la realidad es concreta, complicada, cambiante, plurifacética.

Entre sexualidad y género hay puntos en común y distinciones. El sexo no es simplemente naturaleza y el género no es meramente cultural. Más bien, la condición masculina y la femenina hacen referencia a diferencias sexuales.

Otra cuestion importante son los tipos de relación al interior de un género y las que hay entre géneros; a esto lo llaman intra-

genérico e inter-genérico. Es importante ver como se desenvuelve el maltrato (o bien ¡la humanización!) de modo intra-genérico y de modo inter-generico.

También hay que distinguir y ver continuidades entre patriarcado y androcentrismo. Los estudios han desmenuzado el sistema patriarcal, en que domina un rol del padre. También hay trabajos sobre el androcentrismo (supeditado al antropocentrismo); el centro del universo es el varón y lo masculino. Ésto destruye lo humano y la ecología.

En general, la teoría de género hace análisis super-críticos, que nos liberan de estereotipos y concepciones falsas. Ella es mal-interpretada y mal-practicada cuando se limita a desenmascarar el patriarcado y el machismo. La labor teórica también traza líneas alternativas, de humanización y de nueva creación.

B- **PRACTICAS DE GENERO.**

Me gusta subrayar que se trata de una acción/visión de género; y que ella es cuestionante y es constructiva. No sólo es un modo de ver el mundo, ejercido por intelectuales. No sólo es un cuestionamiento; se van delineando alternativas.

Solemos tener un comportamiento acrítico. Uno presupone que el factor masculino y femenino es de tal o cual manera, simplemente «porque así somos». Entonces, es crucial el trabajo teórico y los procesos de concientización. En la sección siguiente (deshumanización masculina) seré crítico de nuestras prácticas.

Ahora me interesa hablar en positivo.

He recogido datos que muestran tanto a varones como a mujeres que intuyen y afianzan un paradigma de relacionalidad. Esto lo constato en sectores andinos y en otras latitudes. Cuando actuamos desde el corazón y desde la sabiduría lo hacemos co-relacionalmente. Sentimos felicidad y la brindamos a otros/as. Vemos que eso es absolutamente distinto al «yo-ismo»

(caracteristico del comportamiento hegemónico). El yo-ismo tiene sus beneficios y placeres, pero nos deja aislados e infelices.

¿Qué es el paradigma de la relacionalidad? Se trata de modos de sentir, hacer, creer, esperar. Esto ocurre no entre entidades definidas unas contra otras; sino en correlación unas con otras, que son diferentes y complementarias.

Puede decirse que es un paradigma civilizacional, presente en diversos procesos culturales. Casi toda la humanidad pobre, en su afán de comer y de no caer enferma, tiene que actuar cooperativamente; así ocurre entre parientes, paisanos, adultos y niños/as, etc. que juntos ganan el pan y la salud de cada día. A pesar de la despolitización en el mundo de hoy, hay incontables organismos de base a favor de necesidades básicas. La creciente impugnación del machismo sexual hace que muchas parejas y familias esten generando vínculos sexuales saludables y fecundos. También este paradigma es manifestado en relaciones espirituales; en un sentido de coresponsabilidad entre el ser humano, la naturaleza, la divinidad.

Esto tiene una significacion filosófica y teológica. Para el caso del universo andino, José Estermann habla así: «la relacionalidad del todo, la red de nexos y vínculos que es la fuerza vital de todo lo que existe»; ello se muestra en concreto en la cosmología, antropología y ética andina.(23) No sólo es algo andino. Diversos universos simbólicos del mundo, con sus redes y sabidurías de caracter relacional, manifiestan este paradigma.

En el terreno teológico, encontramos sentido en la praxis y lenguaje del amor, fundamentado en Dios. Como lo explica Rolando Muñoz: el amor divino «se ha concretado en forma plena y definitiva» en el acontecimiento de Jesucristo.(24) No es pues algo vaporoso. El amor es la praxis salvífica de Dios en el acontecer concreto; y correlativamente es la praxis de la población creyente. Sigo hablando en positivo. La práctica de

género desata nudos asfixiantes y se dedica a tejer redes solidarias, hermosas, justas.

Por un lado, se confronta la destrucción. En muchas maneras estamos desatando los nudos de la injustica humana y la expoliación de la naturaleza. Por ejemplo, en el plano laboral muchos buscan acabar con la acumulacion de dinero a costa del pobre, en la política abunda la protesta ante la manipulacion populista y la corrupcion, en la familia se dice basta a la violencia sicológica y física, en la religión hay voces contra la intolerancia y descalificación de «otros». En pocas palabras, la practica de género altera estructuras de poder, y favorece el poder relacional y liberador.

Por otro lado, vamos tejiendo vínculos sólidos y revolucionarios. Es una maduración en el sentido femenino y en el masculino, y en la interacción entre ambos. Pueden darse miles de ejemplos. En general se trata de vínculos cotidianos, que forjan la humanidad sana y la integridad del medio ambiente, de la creación. Son vínculos entre quienes nos reconocemos diferentes, pero no para destruir uno al otro, sino para crecer juntos gracias a las diferencias que nos enriquecen. Un aspecto es redescubrir la masculinidad. Como lo dice Sergio Micco: los hombres enriquecen su identidad, saberes, destrezas, capacidades, y viven la sexualidad sin apropiación del otro.(25) Por parte de la mujer hay mucho testimonio de su relacionalidad, consigo misma y su entorno, con varones dispuestos a un caminar compartido, con seres sagrados garantizadores de Vida.

En las líneas siguientes me concentraré en lo masculino, tanto en las críticas como en las propuestas. No hablo así por considerar la masculinidad más importante que lo femenino; sino por ser un terreno menos trabajado, y por ser mi terreno de experiencia.

3) DESHUMANIZACIÓN

MASCULINA

Comenzamos con lo negativo. No se trata de una postura culpabilizadora. Sí deseo encarar con honestidad la jaula en que nos encontramos y donde encerramos a los demás.

Al interior de la Iglesia sufrimos la tensión entre sectores grosera o sutilmente machistas, por una parte, y sectores con sensibilidad hacia las condiciones femenina y masculina en su interacción, por otra parte. Uno constata conflictos, y nuestras complicidades en el desorden social y eclesial.

También uno palpa estructuras deshumanizantes que hieren y hacen víctimas a mujeres (y también a varones). Nos duele muchísimo ver todo esto dentro de la Iglesia. Pienso que junto con desenmascarar dichas estructuras del mal, hay que ser compasivos con quienes estan allí encadenados. Mucho varón no esta conciente que actúa de modo que hace infeliz a los demás y a sí mismo. Mucha mujer no ve que ella contribuye al androcentrismo.

Ahora bien, es relativamente fácil reconocer pautas inhumanas y androcéntricas en el acontecer eclesial: la obsesión por la ley en vez de la caridad, ciertas normas morales discriminatorias, la verdad puesta al servicio del poder y no a favor de la vida, costumbres catequéticas y litúrgicas que subordinan a la mujer y que obligan al varón a ser autoritario, y tanto más. Anoto estos males que son evidentes.

Otros males no los vemos (o no queremos verlos). No es común ver estructuras del mal dentro de la propia comunidad. Nos auto-calificamos como más fraternales y sororales; y alabamos viejos y nuevos apostolados de promoción de la mujer;

todo esto es valiosísimo. Sin embargo, casi nada o poco trabajamos cuestiones de género. Tampoco tocamos la discriminación racial.

A continuacion sólo voy a delinear elementos deshumanizantes, que existen en la cotidianeidad social. Confío que en un futuro no lejano puedan revisarse con honestidad las estructuras y espiritualidades machistas que nos corroen como cristianos.

Antes de entrar al tema, un par de advertencias. La masculinidad no es una «esencia» ni es uniforme. Son procesos según el ciclo de la vida; y existen muchas variaciones según culturas, grupos de edad, modos de ser y sicología del individuo, trayectoria espiritual. Hay pues que considerar la temática en plural, y de manera histórica y cultural. En esta ocasión no puedo hacer todas las distinciones y análisis necesarios. Además no estoy dedicado al tema masculinidad.(26) Sólo ofrezco unas pinceladas y sugerencias.

A- MODOS Y NORMAS DE ACCIóN.

El «sentido común» considera ser bien hombre como sinónimo de ser macho y dominador. Este es un «mal-sentido»; es un estereotipo y una justificación de la maldad. Al reconcer los daños causados por el machismo, es relativamente fácil confrontarlo.

Más difícil de encarar y superar, en nuestra problemática masculina, es lo aparentemente neutral. Me refiero a los problemas de: mostrar fuerza, autoridad, capacidad de dirigir, proveer los medios materiales de la vida, pensar y ser razonable, triunfar. Todo esto suena como positivo; lamentablemente es ejercido de modo violento y deshumanizador. Me refiero a unos modos de ser (hay otros que no voy a describir), en que nos inducen un comportamiento masculino insolidario e injusto.

Los modos del ser androcéntrico se refuerzan unos a otros (p.ej. el poder de mando del dirigente). Uno tiene que ser fuerte, de manera que domina a otros. Así uno se sobrepone a los demás; ejerce superioridad sobre la mujer supuestamente frágil, y sobre otros varones considerados poco hombres.

Uno tiene que ser autoritario y tajante; así margina y excluye a gente de menor edad, o más pobre, o de condición femenina, o homosexual, o de condición mestiza, negra, indígena. También hay que considerarse dirigente (responsable de los demás) y proveedor material de otras personas; de este modo es descalificada tanta labor y capacidad invisible de la mujer y la niñez, del limitado fisico, de quien tiene otra cultura.

Otra pauta es pensar por los demás y creernos razonables y planificadores (lo hacemos en contraste con la condición femenina «emocional y caprichosa»). Asimismo la condición masculina pretende y actúa como un ser triunfador. Tener éxito es la meta suprema.

En sí no son actitudes negativas (pensar, tener fuerza, ejercer autoridad, lograr nuestros objetivos, etc.), pero se llevan a cabo perjudicando a otras personas y lastimándose a uno mismo como varón. No es la única manera de comportarse. Uno descubre que es posible y positivo compartir fuerzas y fragilidades al interior de uno mismo y en la relación con la mujer. A fin de cuentas, no es bueno para el varón imponer su fuerza en desmedro de los demás; así se hace trizas la relacionalidad; así uno es inhumanizado al golpear al prójimo.

Estos tipos de comportamiento no ocurren ocasionalmente ni son inmutables. Es lo cotidiano y constante, porque obedecen a un imaginario normativo; pero ¡puede ser modificado! Juan Carlos Callirgos lo dice así: «lo considerado masculino -el ejercicio del poder, la participación en la esfera pública, por ejemplo- o femenino -la ternura, la crianza de los hijos, etc.- son

características humanas que hombres y mujeres podemos desempeñar, una vez que derrumbemos muros y derroquemos a los ´jefes del hogar´ y las ´reinas de la casa´.»(27)

Ciertamente vivimos dentro de murallas; ingenuamente las construímos a fin de allí quedar encerrados. La masculinidad hegemónica, en la civilizacion occidental, tiene sus recios muros, prejuicios y estereotipos, leyes, castigos a transgresores, y mitos. Cuando uno transgrede sus normas, es sancionado. A mi parecer, es mucho mejor otra ética y normatividad (la moral relacional). Las murallas y el encierro nos nos dejan respirar.

En terminos gruesos (y sin entrar en precisiones según culturas) hago una descripcion general. Hay que ser autosuficiente; controlar a otras personas y captar sus excedentes; separar sexo de intimidad (con lo cual el sexo pasa a ser espacio de dominio sobre otra persona); no manifestar emociones (no llorar en público!); reprimir lo femenino que hay en cada varon (y tajantemente reprimir a la «otra»); conquistar la naturaleza y las cosas; y, competir con los demás (competir contra otros varones y más decididamente contra las mujeres) a fin de lograr éxitos.

Estas normas tienen sentido porque nos hacen poderosos. La prioridad es dada a un tipo de poder masculino. Es un poder que deshumaniza. Michael Kaufman comenta el «proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino»(28). Yo digo que obtenemos mucho poder a costa de vacío e infelicidad. Y añado que hay formas de poder liberador (que luego voy a desarrollar)

Estos y otros comportamientos tienen legitimaciones religiosas. El patriarcado ha sido asimilado en muchas creencias

y rituales. Lamentablemente los factores cristianos se entrelazan con el sexismo agresor, con normas injustas, con símbolos autoritarios.

No es sólo nuestro drama como varones. También en ciertas mujeres se constata este injusto e inhumano comportamiento masculino. La mujer, dadas las condiciones de crianza y los estereotipos culturales y religiosos, también entra en los moldes androcéntricos. Cabe pues luchar juntos/as contra estos males.

B- **SOMOS AGRESIVOS Y MIEDOSOS.**

Paso a otra gran contradicción. El modo dominante de ser masculino es violento, y esto ocurre en personas radicalmente miedosas. Es una constatación general; ciertamente hay excepciones.

No nos agrada reconocerlo. En mi caso me he reconocido como autoritario, pero no me gusta confesar el ser agresor. Lo soy. Lo somos en nuestra sociedad jerárquica y agresora de la vida. Simultaneamente uno descubre que es temeroso y hasta cobarde. Tampoco ésta es una confesión corriente. El miedo es visto como defecto y como no masculino. Un varón debe ser ¡FUERTE! exteriormente; pero, uno se muere de miedo e incertidumbre por dentro. ¿Exagero? Basta con desvelar la realidad contradictoria.

También me desagrada constatar las veces que uno agrede y se auto-agrede; me parece que son procesos correlativos. Uno reprime y se autoreprime. Esto es evidente en el terreno emocional. Como varón tantas veces he agredido a familiares y amistades mujeres, calificándolas de super-emotivas y no-racionales.

Esto conlleva no aceptar las emociones propias; reprimir

emociones consideradas de caracter femenino. Uno como varón las tiene, pero las niega o las aplasta. Uno teme lo emocional. También es negada la racionalidad vinculada a lo femenino; vale decir uno descarta la sabiduria relacional que manifiesta la mujer y también el varón. Uno teme a la sabiduria con su espontaneidad.

La condición masculina ha sido encargada de la violencia en todas sus formas; violencia militar, económica, sicológica, sexual, religiosa y espiritual, cultural y racial, y tanto más. Así lo muestran las duras imágenes en los medios de comunicación masiva. En las peliculas de difusion masiva, a través de la televisión, los protagonistas varones suelen estar a cargo de incontables escenas de violencia. Ser macho es golpear y vencer. Los diversos tipos de violencia se conjugan. (Al decir esto pienso en nuestra complicidad con varios niveles de violencia; como gente de Iglesia mucho hablamos del amor, pero estamos involucrados en esquemas económicos y culturales secularmente agresores).

Retomo el factor temor. Uno de nuestros grandes miedos es hacia la mujer y hacia lo femenino. Hay mucho temor hacia mujeres protagonistas en la sociedad y en la iglesia. Recalcamos sus defectos. Abundan bromas y chistes groseros hacia la mujer que logra espacios de libertad y felicidad sin depender del varón benefactor.

También hay miedo hacia lo femenino en el varón; es calificado como mariconada, como homosexualidad. Abunda la homofobia.

Por otro lado, hay muchísima fascinación por lo que es y hace la mujer, y un maravillarse por los secretos y las habilidades femeninas. También a uno como varón le fascina su faceta femenina.

Aunque es contradictorio, así uno vive. Se pasa del miedo a la fascinación. Se es violento y a la vez hondamente miedoso. Las ocasiones en que uno cae enfermo así lo demuestran. Ante un pequeño dolor el super-hombre tiembla como si viera el rostro de la muerte.

C- **CRISIS CIVILIZACIONAL.**

Desde varios ángulos reconocemos la crisis. Debido a ella proliferan los movimientos sociales. Durante el siglo veinte y en el actual, hemos presenciado y colaborado a la irrupción del pobre. Estos movimientos sociales han conllevado la insurgencia y organización de la mujer.

El autoritarismo, varias formas de fundamentalismo, y la inclemente represión, se han opuesto a dichos movimientos; pero no los han detenido.

La población indígena y la negritud, que a menudo habían sido decretadas difuntas, gozan de buena salud y emprenden sus iniciativas.

El racionalismo no sabe qué hacer ante la infelicidad humana y ante las vertientes posmodernas. Hay crisis de sentido.

También tenemos la crisis de destruccion del ecosistema, de la casa común. Tenemos la super abundacia de bienes de consumo para «necesidades» que son innecesarias.

En fin, nos envuelven muchas señales de una muy honda crisis de la civilización moderna.

La honda crisis también es explicitada por cuestiones de género. Por la deconstrucción de relaciones y poderes que nos perjudican a varones y mujeres. Tambien encaramos la crisis mediante alternativas, ensayos, nuevas construcciones, formas

espirituales del ser femenino y del ser masculino. La honda crisis nos mueve a buscar lo genuinamente humanizador.

¿A dónde vamos? No es posible predecir adonde nos conduce esta crisis generalizada. Puede haber más empobrecimiento y exclusión. Puede haber un endurecimiento patriarcal, y pueden haber nuevas modalidades de androcentrismo. Pueden haber más guerras.

En términos de género, es posible que sigamos dando pasos hacia una felicidad compartida entre seres diferentes. Juan Carlos Callirgos examina las diversas tendencias e interpretaciones; y apuesta a nuevos modos del ser masculino y del ser femenino. Dice: «...han ocurrido cambios. El dominio del patriarca muestra fisuras que pueden significar un paso adelante...habemos más hombres dispuestos a cuestionar las bases de nuestra socialización. A desencadenarnos de los mandatos que nos obligan a ser competitivos...y a no demostrar debilidad. (Un paso adelante) al forjar mejores relaciones para nosotros y nuestras parejas.»(29) Muchos apostamos a algo nuevo y mejor. Al apostar, avanzamos.

Siendo la crisis algo integral, que afecta la civilización contemporanea, y que toca la pluriforme cotidianeidad, la dimensión de género se conjuga con otros factores y procesos. Tanto la crisis como sus resoluciones involucran una gama de interacciones, de posibilidades, de contraposiciones, de incertidumbres. En tal proceso de crisis no existe la solución unidimensional; no hay una alternativa unilateral.

Por eso no tengo una postura «generista» (que mira y hace todo en torno al género). Uno puede imaginar que la problemática es simple; que basta con destronar el patriarcado. No es así. La crisis es polifacética; asimismo es la praxis.

Termino con una nota esperanzadora. Es importante el

hecho de visualizar y encarar procesos de crisis civilizacional. Quiere decir que existe coraje. De lo contrario uno andaría confundido o estaría paralizado. Queremos encarar mejor la crisis global, porque cultivamos la esperanza mediante pequeñas y grandes iniciativas.

En este sentido, sigo adelante dialogando sobre signos esperanzadores en la condición masculina.

4) SER VARÓN-EN-RELACION

Una de tantas personas que admiro y doy gracias a Dios por su tenacidad y amabilidad es Mahatma Ghandi. Lo veo como modelo de varón no opresor, y radicalmente apasionado por la justicia. No ha vivido para sí; ha sido un hombre en-relación-con...

Ya he reseñado pautas deshumanizantes. Ante estos inmensos obstáculos muchos sentimos rabia, y a veces impotencia. Aquí no acaba la condición masculina. Existen fuerzas de vida.

Veremos a continuación unas vivencias y líneas de libertad. No se parte de cero. De forma intuitiva (sin planificar grandes cambios) algunos han generado otros modos de ser masculino (y otros modos de ser femenino).

Esto interesa a cada ser humano, en el acontecer histórico y en la iglesia. Confío -como en las secciones anteriores- que el hablar de la condición masculina no sea mirarse el ombligo. Más bien puede replantear la existencia cotidiana, el ser cristiano, y la refundación de la vida religiosa en América Latina.

Una vez más insisto en mi enfoque. No trato el genero en sí. Me preocupa y apasiona (y supongo que también a ustedes) la honda transformación de nuestra realidad. En este sentido me

interesan los factores masculinos y femeninos.

A- NUEVA HUMANIDAD EN LA TIERRA.

Nuestras búsquedas son amplias y exigentes. No toleramos cercos ni cadenas.

Intentamos superar los cercos andro-céntricos; esto presupone confrontar los recios muros antropo-centrados. Este punto es crucial. La dominación masculina está inscrita dentro de la auto-idolatría humana. Aquí reside el problema mayor. Dado el antropocentrismo, el ser humano se considera dueño de la naturaleza y la historia (y las destruímos). Al pretender apropiamos de todo y de todos/as, nos encadenamos y ponemos cadenas en la creación.

¿Hay alternativas? Sí. Actuar y visualizar una humanidad nueva en la tierra. Este es un buen sueño y una exigente praxis eco-humana.

De nuevo lo digo, sanas relaciones/acciones de género no ocurren ensimismadas. Ellas ocurren como parte integrante de la espiritualidad y acción eco-humana. No estoy hablando de sumar ecología más humanización (en una simple suma no interactúan las dos dimensiones). Sí se correlacionan. Se trata de crecer en todas las cualidades humanas y en una relación fecunda con entidades de nuestro medio ambiente, de nuestra casa común.

No caben idealizaciones. Ni del entorno ni de nuestras identidades. En la naturaleza hay constante conflicto y auto-destrucción, en tensión con las energías armoniosas y vitales. Como personas y grupos humanos tenemos constantes pugnas y confrontaciones, que dejan heridos y muertos. Por eso el proyecto eco-humano encara la maldad que nos envuelve y del que somos actores. A partir de esta realista visión de cosas y personas, es posible visualizar pasos y actitudes que resuelvan la maldad.

Con este realismo se ha ido forjando el paradigma de la relacionalidad. Tiene dos momentos. Superar relaciones perversas y destructoras; desarmar poderes que oprimen al ser humano y en especial a las mayorías pobres; éste es el primer momento. Colaborar en alianzas y redes entre sujetos/grupos diferentes y en correlación con la naturaleza, a fin de generar condiciones materiales y políticas para la buena convivencia; éste es el segundo momento.

El paradigma relacional no se reduce a vínculos afectivos y entre vecinos. Se trata de eso y de otras relaciones de poder. No es «poder» en el sentido de dominación patriarcal. Sí se trata de un poder-en-relación que impugna la maldad y que produce vida.

Pues bien, ¿qué ocurrirá con el marco general: la modernidad globalizada? ¿Es reforzada, o bien alterada, o bien reemplazada, por el nuevo paradigma? No estamos en condiciones para responder a estas preguntas. Tal vez habrá una mutación en la modernidad global. Los acontecimientos nos irán enseñando retrocesos, y tal vez consolidaciones, y tal vez la configuración de una nueva civilización. Ésta parece en gestación; ofrece señales, pero no tiene perfiles definidos. Por el momento sólo es posible constatar la potencialidad e innovación.

Con este transfondo encaramos lo masculino. Insisto no es algo en-sí; no interesa mejorar la situación del varón (y menos aún contraponerse a la insurgencia de la mujer). Lo que más nos preocupa es un cambio de paradigma.(30) Leonardo Boff lo describe así: revolución civilizacional «inspirada en la nueva cosmología de religación, de sinergía, de la lógica de la complejidad, de pan-relacionalidad», y añade «para ser plenamente humano, el varón tiene que reanimar su dimensión femenina y reeducar su masculinidad». Lo masculino es ubicado, en forma clara, en un macro-proceso. Por su parte, Juan José Tamayo afirma el paradigma humanocéntrico «que considera a los hombres y a las mujeres iguales en derechos y deberes y

mediadores en la relación Dios-Humanidad», y añade: «el ser humano...no como señor del mundo, sino como una parte de la creación que debe convivir en armonía con la naturaleza». Son intuiciones que mercen seguir siendo elaboradas.

He planteado que es un proyecto eco-humano. Es más que eso. La presencia del Espíritu, en la humanidad y en la creación, es quien da plenitud a todo/a. Vivir es posible gracias al Espiritu. Transformar una realidad traspasada de maldad y violencia, y generar una realidad justa y compasiva, requiere de muchos esfuerzos humanos y de honda mística. Esto es posible gracias al Espíritu. Vivimos y cambiamos gracias al Espíritu. Por lo tanto, vale hablar de un paradigma eco-humano-espiritual.

B- REHACER VÍNCULOS Y PODERES.

La reconstrucción del ser masculino es motivada por la genuina compasión. Uno se da cuenta de que posterga y manipula a la mujer. Cuando ella es bien amiga, o es la pareja, o es hija o es prima, o es una compañera de trabajo, entonces uno siente su dolor y su justa irritación. A menudo así brota la compasión y el deseo de ponerse al lado de ella; a veces hay reconciliacion y se comienza a caminar juntos.

Puedo contar una experiencia de mutua compasión, con una compañera de actividad pastoral (hace dieciseis años). Ella me reclamó falta de colaboración e imposición de mis deseos (yo dirigía el trabajo parroquial). Estaba herida y lloró; yo por dentro lamentaba y me disgustaba mi modo de ser y quería tratarla de otro modo. No le acompañé en el llanto; en aquel tiempo reprimía más los sentimientos. Me parecía inaceptable, como varón, la «debilidad» de llorar con otra persona.

Este incidente me hizo abrir los ojos a la compasión de género. Cada persona puede contar su trayectoria y sus frustraciones y vivencias positivas. Es importante que algunos

varones descubrimos la capacidad de sufrir-con, a fin de que nadie sufra a costa de uno, y de poder vivir juntos/as la humanización.

La actitud de compasión va también dirigida hacia uno mismo. Uno va tomando conciencia de abusar de otras personas y de maltratar estructuras sociales, dadas las pautas androcéntricas que nos envuelven. Uno se reconoce en mayor o menor grado volcado hacia intereses egoístas, sutil o brutalmente opresor, y cómplice de tanto sufrimiento injusto.

A fin de cuentas, actuar así es insoportable; uno pasa a ser enemigo de uno mismo; al perjudicar a los demás uno va ensuciándose. Puede entonces brotar una sana auto-compasión. En vez de ocultar estas realidades, o de amargarse, o de reincidir en el machismo, es muy positiva la sanación.

Este proceso incluye el reconocimiento de ser víctima; porque nos son impuestas y asumimos pautas que deshumanizan a otros y a uno mismo. Así comienza (al menos así es mi experiencia) la compasión hacia el drama propio; y el deseo de cambiar. Al ser abusivo uno actúa contra lo que se desea en lo más profundo: vivir feliz con otras personas y con uno mismo. La infelicidad es el meollo del androcentrismo.

Durante el año 2000 he disfrutado de muchas conversaciones sobre cuestiones de género. Las he vivido en varios grupos. Uno de ellos incluía a personas con hijos e hijas; mostraron su angustia por los roles masculinos y femeninos que les asignaron (cuando ellos/as eran pequeños), y contaron sus deseos de criar a sus familias de otro modo.(3l)

Es muy liberador darse cuenta que el orden incuestionable sí puede ser transformado. En aquella ocasión compartiamos pistas de acción. A niños varones les podemos incentivar mayor sensibilidad en el trato social (sin el trauma que serán niños

afeminados). A las hijas les motivamos para que al jugar con niños varones no asuman roles de subordinación y obediencia. Éstos son algunos ejemplos de tantas posiblidades que estan en nuestras manos.

Somos capaces de rehacer tanto los tipos de relaciones como los modos de ejercer poder. Ya he dicho que las cuestiones de género tienen que ver con relaciones y con poderes. No sólo es el buen trato entre individuos; es todo el tejido social, y también los modos de organizar labores económicas, políticas, y las demás.

Señalo dimensiones de esta reconstrucción. En primer lugar, la capacidad de conjugar fuerza y fragilidad. Uno descubre un nuevo tipo de fuerza masculina al acompañar a quienes la pasan pésimo (debido a la pobreza y otras tragedias). No me refiero a usar poderes para resolver sus dramas. Hablo de sentir que otros/as estan muy mal, pero no quedan derrotados/as sino que hacen algo para salir adelante. Es el frágil/fuerte varón que acompaña a gente golpeada y débil con inmensa fuerza interior. Así la fuerza de liberación es compartida, y aprendemos a reconocernos como frágiles acompañantes.

Otra dimensión es: pensar y actuar de modo relacional. El modelo hegemónico es hacer cosas y pensarlas para vencer sobre los demás. Nos fabrican como animales competitivos.

Existen otras rutas. Ya las he señalado al hablar de relacionalidad. Éste paradigma no es mera ideología. Es un actuar y pensar que nos abren posibilidades de vida nueva. Es un pensar de modo humanocéntrico (como dice J.J. Tamayo), y holístico y pan-relacional (como dice L. Boff). Esto conlleva una convicción ética y un comportamiento cotidiano.

Constituye una acción relacional, en muchos sentidos. En el plano de personas que nos apreciamos. En el plano politico,

optamos por la solidaridad y por el esfuerzo pequeño y grande para acabar con la injusticia. Y, también en el plano espiritual descubrimos el ser-masculino-en-relación, porque existimos no para-sí sino dentro del Misterio del Amor que no tiene límites.

C- **PROCESO DE VIDA NUEVA**.

Salimos de encierros amurallados y fríos. Inhalamos hasta el fondo del alma la briza fresca. Disfrutamos el crecer con otros/as. Redescubrimos el placer sin hedonismo. Caminamos hacia el Misterio.

De esta manera puede ser descrito el proceso de renacimiento. Es un proceso que confronta el parámetro androcéntrico, pero que sobretodo desarrolla el sentido de vivir relacionalmente. Un aspecto de tal proceso es valorar nuestra condición masculina.

A lo largo de los años, al ir creciendo, de varias maneras el ser humano aspira a tener significación histórica, y a ser líder. Aquí caben unas distinciones. Existe un protagonismo masculino en base a la rivalidad y contraposición al otro/a, a cooptar beneficiarios y clientes, a subordinar a otras personas. Un ejemplo son líderes populistas; que han abundado en el Peru; e imagino que como una plaga nos seguirán invadiendo en la América Latina llena de engaños y contradicciones. Todo esto es muy distinto al liderazgo masculino con un estilo de co-responsabilidad.

Muchos de nosotros ocupamos cargos; y tomamos decisiones sobre el acontecer familiar, comunitario, local, y a veces lo regional. Pongo mi caso. Debido a una serie de factores, soy parte de un pequeño equipo humano que no descarga tareas sobre una secretaria, ni tiene personal de limpieza y mandados. Me siento bien en este contexto.

Me incomodan tantas situaciones institucionales en que las actividades sucias son dadas a personas pobres y a mujeres. Ni ellas viven «como Dios manda», ni sus empleadores. Es posible organizar la existencia de otro modo. Hay alternativas. Existe el liderazgo y la responsabilidad compartida.

En cuanto a la inteligencia y la afectividad, van de la mano y ¡bailan juntas! No lo veía así hace unos años. Voy cambiando en parte por contactos con la teología hecha por mujeres. Me ayudan a apreciar -entre otras cosas- el análisis con el corazón. También me lo estan enseñando personas aymaras, que razonan con mucha vitalidad y en relación con todas las energías del universo.

En occidente el cisma entre pensar y sentir ha sido tan profundo que se ha puesto de moda una propuesta de «inteligencia emocional».(32) Esto indica la falencia del modo hegémonico de pensar en occidente. Al transitar por otros universos simbólicos en América Latina, uno ve que muchos piensan con la mente, las manos, y el corazón. Es decir, de manera holística. Es algo que también caracteriza la perspectiva de género.

El proceso de re-nacer también conjuga la acción social y política y las expresiones de ternura. A los varones nos clasificaron en lo primero, y nos excluyeron de lo segundo. Muchos no estamos de acuerdo. La acción social no es sólo el terreno público (de caracter masculino); y la ternura no es sólo algo privado (de caracter femenino).

Hoy un gran debate gira en torno a la crisis de proyectos y representaciones sociales, y a la crisis de la política. Un motivo es que ella había sido separada de lo cotidiano y del cariño. Por eso nos atraen nuevos líderes involucrados con las necesidades cotidianas de la gente. A veces es puro populismo. A veces es algo auténtico. En cualquier caso, el sentir de mucha gente es

contra el frío pragmatismo, y a favor de estrategias y acciones cálidamente humanas.

En este sentido también es reivindicada la expresión corporal y el derecho a celebrar la vida. El parámetro patriarcal ha abusado y demonizado el cuerpo de la mujer. Tampoco ha valorado la expresión corporal del varón-en-relación. Lo que ha sido exaltado es el cuerpo que toma posesión y saca provecho de la otra y el otro.

En cuanto al cuerpo y la fiesta, va surgiendo una manera masculina de colaborar en tareas concretas y en el placer de vivir. Ya no es el varón dueño del mundo, sino el coresponsable de momentos disfrutados por todos/as.

A fin de cuentas, los procesos no son ensimismadamente masculinos. En sectores del primer mundo hablan de reivindicaciones del varón ante el creciente poder de la mujer. No es nuestro contexto ni nuestra preocupación.

Lo que más sobresale es la capacidad de la condición femenina al plantear justicia y equidad social, derechos a ser diferentes, y (en algunos sectores) el proyecto eco-feminista. En términos generales ellas plantean renovar la condición humana, en relacion con la integridad de la creación.

Por el lado masculino sobresale el deseo de redescubrir su potencialidad. Ya no como el polo dominante y racional. Más bien se busca el sentido del ser masculino en correlación con el ser femenino, y en la común búsqueda de felicidad en la tierra.

En medio de estos procesos de vida nueva, surge un ser varón-en-relación. Vale decir, gracias al paradigma de la relacionalidad es posible redescubrir y forjar valores masculinos.

En este sentido he enunciado un «renacer», que lo he

precisado como re-engendramiento.(33) Ni el nacer ni el re-nacer es una decisión unilateral. Al producir y recibir vida, ingresamos en ella. He escrito: «tengo la experiencia de ser re-engendrado -durante estos últimos años- en la amistad con mujeres (¡no sumisas!) y con varones (¡compañeros y no dueños del mundo!). Son vivencias que llegan al fondo de mi ser». Es sólo un caso.

Cada persona puede describir su trayectoria. No pretendo implantar un tipo de interpretación. Más bien lo que parece necesario para el varón es contrastar experiencias y búsquedas. Lo hacemos con otros varones y con quien quiera dialogar y sentir brizas de aire fresco y renovador.

A continuación pasamos a la sección final. Lo ya dicho va a ser precisado en términos de la vida en la Iglesia, que peregrina en medio de la humanidad. Pongo acento en unos desafios.

5) EXIGENCIAS CRISTIANAS

¿Qué interesa hoy? Parece que no hubieran grandes causas por las cuales uno da la vida. Muchos dan prioridad al bienestar individual. Éste es el principal mito moderno; que ha infiltrado y carcomido la vida religiosa.

Durante varios años he colaborado en cursos dados a personas jóvenes. Tuvimos temáticas atrayentes: responder a la realidad de injusticia, renovación bíblica y espiritual, inculturación, etc. Todo esto ya no interesa (salvo excepciones). Ahora se prefieren talleres de auto-estima, aprendizaje de la computación, métodos pastorales como la dinámica de grupos, y cosas similares. Me pregunto cómo reavivar y recrear las grandes causas: opción por el pobre, compromiso transformador, renovación de la vida religiosa, nuestras bases bíblicas y teológicas.

Veo que también ha llegado la hora de hacer ensayos. La sensibilidad postmoderna no da cabida a la simple reiteración de viejas temáticas; hay que replantearlas.

Hace un tiempo, la psicóloga Maria Angela Cánepa y yo organizamos un taller sobre género en la vida religiosa. Dimos la tarea que cada persona escribiera su historia de vida desde la perspectiva del ser femenino y el ser masculino. Los resultados fueron magníficos. Me impactó lo dicho por varias personas: ha sido un redescubrimiento de uno mismo y del entorno. Es muy emocionante y dinamizador leer la trayectoria personal con nuevos ojos.

Estas inquietudes brotan por todas partes. Han sido recogidas por la Confederación Latinoamericana de Religiosos/as.(34) En su Asamblea de l997 anota que «el cambio de época plantea nuevos retos a la Iglesia y a la Vida Religiosa...estamos llamados a revisar nuestras relaciones entre hombres y mujeres, entre miembros de nuestras comunidades, entre comunidades eclesiales y con el mundo en su diversidad...(y luego insiste en) el respeto gozoso de las diferencias». Todos/as sabemos que esta insistencia en las diferencias proviene -entre otras cosas- de la visión de género.

Permítanme presentar algunas grandes exigencias. Son sugerencias que a mi parecer merecen mayor discernimiento. Invito a cada lector/a a añadir otras exigencias, y a debatir mi modesta presentación.

He seleccionado cuatro asuntos: la conjugacion de lo subjetivo con la acción evangelizadora, el desarrollo emocional y sexual, la renovación de relaciones y estructuras, la espiritualidad.

A- INTIMIDAD Y APOSTOLADO

En muchas ocasiones hablamos de asuntos internos -por un lado- y de asuntos de trabajo -por otro lado-. Los separamos y hasta los contraponemos. Pasamos horas, en reuniones y en planificaciones, entrampados en ese esquema.

Es una actitud instintiva de cada uno/a, que refleja la trágica dicotomía moderna entre lo subjetivo y emocional (atribuído a la mujer) y lo objetivo y eficaz (apropiado por el varón). Esto puede ser superado con la perspectiva de género. Descubrimos y llevamos a cabo una sana interacción entre lo íntimo y la praxis. Esto tiene muchas implicancias; anoto algunas.

Una primera implicancia. La felicidad personal es indesligable del apostolado eficaz e integral. En lo personal desde hace décadas estamos valorando más el desarrollo de relaciones varón-mujer. Dichas relaciones conllevan, al interior del pueblo de Dios, un estilo de evangelización.

A mi parecer, la pastoral es más eficaz e integral cuando es llevada a cabo con factores masculinos y femeninos en mutua interacción. Puede decirse que la vida eclesial no es unisex ni es monocromática.

Hablo desde mi experiencia parroquial; cada uno/a de ustedes puede dar ejemplos desde sus buenas experiencias de evangelización.

Tanto en la vivencia subjetiva como en el apostolado hemos comenzado a encarar el vicio del macho y, más a fondo, a ver como el androcentrismo sea reemplazado por la relacionalidad. Esto no ocurre sólo en lo personal, ni sólo en el trabajo; ocurre en ambos terrenos, ya que son inseparables.

Una segunda implicancia. En todas partes (y también en ambientes eclesiales) hay mayor sensibilidad posmoderna a favor de la realización personal. Esto va en varias direcciones. A veces hay exageraciones: es exaltado todo lo individual y privado, y es devaluado lo público y político. Otras actitudes son humanizadoras; se va recuperando y redimensionando lo personal e intersubjetivo, la intimidad y la relacionalidad.

Cada uno/a reconoce que lo hondo y satisfactorio no es la auto-realización ni tampoco el hedonismo; sí lo es la individuación y construír la vida en común. En parte esto ocurre en la intimidad de cada persona y en la comunidad local.

Mucho se ha insistido en la dimensión fraternal y sororal. A ello añado otro acento: la realización humana en la actividad apostólica. Por supuesto no estoy hablando de algo pragmático ni la adicción al trabajo (ser «workaholic» como dicen en inglés).

Quienes tenemos responsabilidades en la vida sacramental muchas veces disfrutamos lindas experiencias. En lo profundo de uno mismo y de las personas que servimos encontramos el amor de Dios. Esto es muy palpable en sacramentos de iniciación, de reconciliación, de matrimonio, de unción de los enfermos. En estas instancias damos gracias por la Vida y la cuidamos. Aquí no tiene cabida el androcentrismo.

En este sentido digo que la intimidad es indesligable del apostolado. Lo más íntimo va de la mano con la nueva humanidad (con rasgo femenino y masculino) a la cual contribuye la acción eclesial. Una humanidad renovada es la que garantiza el bienestar de cada uno/una y nuestras relaciones mutuas.

Una tercera implicancia es lo institucional. Las estructuras eclesiales estan corrompidas por la sacralización del varón y de lo masculino, y, por la postergación de la mujer y de lo femenino. Hay excepciones; pero la realidad cotidiana es escandalosa.

Para enfrentar dichos males existen diversas propuestas. Anoto sólo una veta: cultivar la confianza entre varón y mujer, una confianza que tiene su impacto en la actividad evangelizadora.

Este cultivo de la confianza conlleva superar tanto estereotipo que nos pone como adversarios. Los varones estamos abrumados por prejuicios sobre la mujer y sobre uno mismo (desfigurado como sujeto machista). Las mujeres cargan con sus estereotipos de ellas mismas (ser insegura, etc.), y con relaciones dependientes del varón.

Ante todo esto vale la crítica. Pero más vale, a mi modo de pensar, la generación de confianza mutua. Veo que esta actitud positiva es lo que transforma nuestras instituciones discriminatorias.

B- TRANSPARENCIA EMOCIONAL Y SEXUAL

Bien sabemos que la sexualidad nos constituye como varón y mujer; y que los géneros masculino y femenino son una elaboración socio-cultural y espiritual, en referencia a lo sexual.

Todo esto no es sinónimo de amor cristiano; pero sí son elementos constituyentes. En este sentido cabe hablar de amor sexuado. Nuestro ser y actuar cristiano involucra lo sexual.

Ahora bien, un gran reto es encarado por cada ser humano, y también en nuestra condición de creyentes. Me refiero al reto de la transparencia y relacionalidad. Es algo complicado, dado el contexto secular hedonista, y dado el recelo e hipocrecía religiosa hacia lo sexual.

Quiero tocar unos puntos emocionales y sexuales. Estas realidades pueden ser abordadas desde muchos ángulos y sensibilidades. Hay rasgos de carácter psicológico, físico, político, espiritual. Me limito a unos elementos fenomenológicos,

y a sus connotaciones en la práctica de la fe.

Primero anoto vacíos; y tareas pendientes. En ambientes de Iglesia hay mucha negación, ignorancia, y estereotipo. Durante el siglo 20 se ha avanzado en el estudio y dialogo de la sexualidad; hay que ponerse al día, y no caer en moralismos ni en abstracciones. Como acota Marta Lamas, en cada sociedad la sexualidad es «celebrada, temida, reglamentada, reprimida y simbolizada de mil maneras»(35). Es una vivencia compleja, y contextualizada, que merece ser conocida y vivida con transparencia y sin tabúes.

Un segundo punto: madurez en lo emocional (36). El problema reside en nuestro mundo moderno en que «pensamos una cosa, sentimos otra y actuamos una tercera»; por eso Angela Sannuti nos propone «desanudar el corazón» a fin de que nuestras emociones «fluyan correctamente, con honestidad y franqueza». Sí, ¡desanudar!

Al hacer un taller con gente joven en Lima, la madre de familia y sicóloga Fryné Santisteban nos preguntaba: «¿cómo generar desde la vida religiosa espacios, experiencias y relaciones que promuevan el desarrollo y madurez afectiva de sus miembros?». Tal pregunta presupone problemas irresueltos. A mi parecer, nos conviene «desanudar el corazón» (sobretodo a los varones). Ello exige honestidad.

Mi tercer punto: el amor sexuado. Lo vivimos como responsabilidad y alegría compartida. En términos teológicos somos convocados/as al amor. Hemos sido formados/as en una línea ascética y represora. La disciplina es exelente; pero no implica auto-negación ni manipular al otro/a. Nos cabe pues revalorar el amor sexuado, lleno de misterio y gozo.

En cuanto al celibato, a veces son recalcadas las «razones» para dicha opción. Las hay, pero son secundarias.

Más bien es convocación a amar celibatariamente. En términos espirituales (¡que son muy concretos!) lo crucial es la convocación. Proviene de Dios y la vivimos en comunidad. Somos llamados a la libertad del amor, a que nos llama Jesús. Como lo explica Jon Sobrino: seguir efectivamente a Jesús y proseguir su misión liberadora, desde allí brota la afectividad cristiana.(37) La experiencia de amor sexuado merece ser dialogada en nuestros institutos de vida consagrada. No lo hagamos de modo superficial y espiritualista.

Se trata de continuar apreciando el don mutuo, la vocación al servicio de la humanidad, los aspectos luminosos y oscuros del amor. No cabe la coerción. Es algo evidente. A fin de cuentas, se trata de continuar apreciando al Dios que nos libera para amar.

Una cuarta consideración. Nos proponemos la solidaridad con el pobre, y la lucha a favor de una nueva sociedad en este complejo mundo globalizado. Esto conlleva aspectos emocionales y sexuales. Optamos no para que la pobreza siga así, sino entusiastamente por las vías de superación de la maldad social. Nuestro caminar no es moralista ni economicista. Apasionadamente apostamos y celebramos la vida.

Además, la población oprimida, y en especial la mujer, tiene que liberarse de tantas formas de violencia sexual. Con franqueza reconoscamos la complicidad en un orden social (y sexual) violento. Por ejemplo, absorbemos mucha publicidad que desfigura la sexualidad. De la crítica pasamos a la propuesta: tejer relaciones honestas y hermosas. El buen trato sexual es parte esencial de la liberación humana.

Por último anoto algo obvio: en nuestra existencia cristiana no cabe negar emociones y sexualidad; más bien se trata de vivirlas de un modo evangélico, en el cariño concreto hacia personas y hacia la misión del Reino. Un punto clave es la interaccion entre lo masculino y femenino; esto tiene que ser

trabajado explícitamente.

Hay retos concretos en la sana vivencia emocional, sexual, social. No nos limitamos pues a cuestiones genitales. Lo genital forma parte de la sexualidad (y no debería ser idolatrado, como ocurre en la publicidad hedonista). No ponemos acentos en los riesgos de la sexualidad; pero sí en la disciplina y la trasparencia. Lo más importante es el amor sexuado.

C- RELACIONES Y ESTRUCTURAS

A menudo hemos discutido cambio de la persona y/o cambio de estructuras. Ha sido una versión de la engañadora disyuntiva moderna: o lo subjetivo o lo objetivo. Esta dicotomía nos entrampa. No quiero que tal esquematismo sea trasladado a esta reflexión sobre relaciones y estructuras (en cada una hay subjetividad y objetividad).

La visión de género (como ha sido recalcado a lo largo de este ensayo) toma en cuenta interacciones y poderes. ¿Qué exigencias encaramos? Muchas. Expongo sólo tres.

Comienzo con vivencias de fragilidad y de fuerza. La ideología patriarcal ha definido al varón y a lo masculino como todopoderoso (que goza de seguridad y la difunde a personas desvalidas) y a la mujer y lo femenino como débil y frágil. Ella sería insegura y requiere protección del macho. ¡Cuántas barbaridades han ocurrido debido a esos estereotipos!

En mi caso, fui entrenado para hacer y decidir todo; me alegro infinitamente que he comenzado a valorar la debilidad. Así es posible un encuentro equitativo y compasivo entre varón y mujer.

Pues bien, en nuestra identidad y acciones como cristianos ¿cómo somos fuertes y frágiles? A mi parecer no se trata de

escoger entre uno y el otro (y menos aún atribuír al varón-fuerza y a la mujer-vulnerabilidad). Muchos/as trabajamos en los campos de la educación y de la salud. Intentamos enseñar y a la vez aprender, acompañar a personas enfermas y recibir energías de ellas. Así es superado el yo-todopoderoso, que conlleva un ellos/as inválidas.

Otro tipo de exigencia se refiere a pautas jerárquicas, a esquemas de superioridad e inferioridad que han sido aplicados a personas e instituciones, espiritualidades, estructuras de iglesia. No cabe duda que son pautas de poder injusto; pautas irreconciliables con la persona y mensaje de Jesús que lavó los pies a sus discípulos y exigió que así actuara cada cristiano.

Buscamos alternativas. En mi situación aprecio la modalidad peruana de hablar y tratar a otros/as como hermanos/as; también me impacta el trato fraternal/sororal entre algunos evangélicos y pentecostales; y en ciertas formas de vida consagrada (la tradición no jerarquica de Francisco y de Clara de Asís, de Carlos de Foucauld, y de otras). En el ámbito espiritual, muchos/as somos alimentados por la religión popular y formas espirituales autóctonas. Es otra manera de superar el parámetro superior (cristiano) e inferior (no-cristiano).

En términos generales, nos interesa reemplazar poderes inhumanos por poderes liberadores. Esto nos atañe a varones y mujeres, a pobres y pudientes, a adultos y jovenes. Todos/as anhelamos un empoderamiento, comenzando con el pobre en nuestras sociedades, y continuando con personas postergadas en la iglesia. Ya lo he dicho. No es pasar del poder al no-poder. Más bien, del autoritarismo androcéntrico que se entrelaza con privilegios de clase, edad, raza, etc., queremos pasar al poder relacional e interactivo.

Son cuestiones pluridimensionales. El empoderamiento o los nuevos poderes implican prácticas en lo económico, cultural,

generacional, sexual y afectivo, politico, racial, espiritual. A veces veo esfuerzos para resolver todo por el lado del género, o por el lado político, o por otras líneas unilaterales. Son esfuerzos truncos. Las soluciones son pluridimensionales.

¿Cómo las estamos llevando a cabo quienes somos cristianos? Menciono unas tramas.

Las tramas del poder interiorizado. Por ejemplo, algunos varones cultivamos el poder ser frágiles y compasivos (en el trato con personas, en nuestro liderazgo evangelizador, etc.). Las tramas del poder sexualizado. Por ejemplo, la necesaria crítica hacia la transnacional industria de la belleza, que desfigura a la mujer y hace que el varón se considere a sí mismo (y a la otra) como cosa. Las tramas intra-género; pactos que hacemos entre varones y que hacen entre mujeres perjudicándonos unos y otros; y, por otro lado, alianzas liberadoras entre varones y entre mujeres. Las tramas inter-género; cuando pasamos de la bestial competencia y la adoración del éxito, hacia la interacción colaboradora, la ternura compartida, la lucha codo a codo con los pobres de la tierra.

Así son reconstruídas las relaciones varón-mujer; en lo cotidiano, en la existencia como iglesia. No es fácil. Existen asimetrías como anota Marcio F. Dos Anjos en el caso de la vida religiosa; son asimetrías derivadas de condiciones socio-históricas y de pautas clericales y jerárquicas en la iglesia (38).

Vamos trabajando estas (y otras) exigencias. Nos anima y entusiasma la nueva configuración histórica: el proyecto de nueva humanidad y la integridad de la creación. El ser masculino es regenerado dentro de tal proyecto amplio; algo similar puede decirse del ser femenino.

D- ESPIRITUALIDAD

Nos preocupa no uno u otro detalle; ni es conveniente un maquillaje. Se trata de redimensionar -desde las raíces- nuestra vivencia cristiana, los carismas y ministerios en la Iglesia, y nuestro servicio a la humanidad y al conjunto de la creación.

No nos engañemos. Entre nosotros/as abunda lo cómodo y lo mediocre. También abundan palabras bonitas sin peso transformador. Por eso, ¡exigámosnos honestidad y valentía!

Sobretodo, exigámosnos fidelidad, en un proceso espiritual. Esto no lo digo por motivos piadosos, ni para sacarle la vuelta a demandas políticas y culturales. No.

La espiritualidad es el aire y pan de cada día, con la cual es forjada la historia. Ella impugna la idolatría moderna; ella configura la nueva humanidad y la integridad de la creación. No es pues asunto del «alma» individual, ni de emociones piadosas.

¿Cómo es la nueva espiritualidad? Ha sido elaborada por las comunidades a lo largo y ancho del continente; por quienes prestan un servicio de autoridad; y por la iluminación teológica latinoamericana.

Como la expone Carlos Palmés: «la experiencia de Dios, desde la opción por los pobres y la inculturación, ha de estar entrelazada con la misión. La oración ya no podrá circunscribirse a una hora al día en la soledad, sino que tendrá que extenderse a las 24 horas del día, y tendrá como lugar privilegiado de encuentro con Dios la acción apostólica y las personas necesitadas»(39). Palmés, lúcido agente de renovación latinoamericana, nos ha ayudado a diagnosticar vacíos y errores (como la obsesión con reglas) y nos hace presente los retos principales. La renovacion espiritual es inseparable de la opción por la vida del pobre, de la inculturación, de la oración incesante, del apostolado eficaz.

En estos procesos espirituales redescubrimos aportes masculinos y femeninos. Son contribuciones diferentes que interactúan y se alimentan mutuamente. Hago una comparacion con el arte andino. Los conjuntos tradicionales tienen bombo y zampoña. Siento la música espiritual masculina como el compás del bombo, y la espiritualidad femenina como notas alegres y tristes de las zampoñas. La bella música andina entrelaza bombos y zampoñas.

La espiritualidad tiene muchísima belleza, hondo silencio, alguna palabra, y «contemplación en la acción» (que es subrayada por C. Palmés). Pues bien, cada uno de estos elementos espirituales cuenta con factores masculinos y femeninos.

Estas realidades nos llevan a decir que somos «parteros/as» de nuevas realidades, del cielo y tierra nueva. Esta simbología del parto es concreta. Otro buen símbolo es la cosecha; como lo dice Victor Hugo Silveira Lapenta: «existe búsqueda sincera y van madurando los frutos. Que sea muy rica la cosecha!» (40)

No vivimos en las nubes. Somos personas y comunidades, con su sexualidad, trayectoria emocional, opción por el pobre, practicas inculturadas y liberadoras. Son personas concretas las que dan a luz y las que estamos siendo reengendrados/as. Esto ocurre a nivel personal y en las responsabilidades en la historia humana y en la iglesia.

Quiero que también hagamos memoria de unas líneas bíblicas. Ellas nos recuerdan que la praxis espiritual es contacto con Dios, su Misterio, su Gloria, su Presencia Amorosa.

Contemplamos la Gloria Divina; esto implica caer en la tierra y dar mucho fruto. «En verdad les digo: si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda sólo, pero si muere da mucho

fruto» (Juan l2:24). Mediante este proceso admiramos la Gloria del Hijo del Hombre.

No es un proceso antropocéntrico; menos aún es androcéntrico. Toda la creación gime con dolores de parto; y renace el cosmos. «La creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella, también nosotros/as...gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo...el Espíritu mismo intercede por nosotros/as con gemidos inefables...» (Romanos 8:22-26). ¡Qué maravillas son las que sentimos y hacemos gracias al Espírtu de Dios!

CONCLUSIÓN

Cada persona tiene sus momentos de angustia y felicidad, sus búsquedas y tareas. Son momentos y son procesos.

Realizamos encuentros y talleres. He acompañado eventos donde las personas somos interpeladas, damos aportes, aprendemos, revisamos compromisos, celebramos. Son eventos en que buscamos paz y justicia en medio de la maldad humana, dibujamos la inculturación de la fe cristiana, compartimos vivencias espirituales y religiosas. También me ha tocado participar en eventos de género.

Al acompañar estos procesos, uno se llena de alegría cuando hay barreras superadas, y cuando resurge la potencialidad humana.

Recuerdo un taller donde hubo testimonios del derecho a la autenticidad cultural. Tantas veces la intimidad cultural es agredida.

También nuestro ser cristiano ha sido inducido a negar (o bien a tratar superficialmente) el ser masculino y el ser femenino; e implícitamente a borrar la condición sexual. Existen buenas intenciones de servir al pobre y dedicarse al Reino, pero dan la espalda a la visión y acción de género. Todo esto perjudica a la persona, y contradice el Evangelio de Vida.

Las cuestiones de género nos remiten al amor y la espiritualidad. Por eso en este Taller he comenzado con la mística, y luego he presentado acciones y perspectivas de género. Mis temas de género estan enmarcados en generar una nueva humanidad y contribuir a la integridad de la creación.

En la Primera Parte he considerado el Misterio de Dios-relacionalidad, la problemática idolátrica, y las ambiguas y

necesarias imágenes de lo Sagrado (leídas con ojos de género).

A continuación he revisado el contacto con Dios, por parte de hombres y mujeres, en la Biblia y en nuestra realidad Amerindia. Los modos de nombrar a Dios, y las trayectorias espirituales, estan marcadas por el ser masculino y el ser femenino.

En mi Segunda Parte he delineado cuestiones de genero. Relato e interpreto realidades, desde mi experiencia, y gracias a muchos dialogos con grupos en varios lugares de nuestro continente.

Tomo en cuenta el cambio de época, y los flexibles escenarios religiosos y humanos. Entro en el debate sobre género, en sus aspectos teóricos y sobretodo en cuestiones prácticas.

Luego me dedico a la condición masculina; esto lo hago porque reflexiono desde mis entrañas, y por ser una temática poco trabajada que afecta a mujeres y varones.

El ser masculino suele ser agresivo y a la vez miedoso. Menciono unos factores de deshumanización. Es imprescindible una actitud crítica. La meta no es auto-culpabilizarse; muy por el contrario, de la crítica pasamos al aprecio del ser varón en relación con otras/os.

Al finalizar, trato exigencias en la vida cristiana. Lo hago en términos de intimidad, de lo afectivo y sexual, de la labor apostólica, de relaciones y estructuras, de espiritualidad.

El «género» no es asunto de moda ni es postura sectaria (así es malinterpretado). Se trata de sensibilidades, sabiduría, espiritualidad, acción social, opciones de vida.

Por mi parte, lo comienzo a tomar en cuenta en estos últimos años. Es una preocupación emergente en dialogos de cada día, las ciencias humanas, la política, la iglesia. Confío que lo hagamos sin dogmatismos y con libertad.

Se requiere mucho debate honesto y abierto a la verdad del otro y la otra. Éste es un modo de cultivar la nueva humanidad y la fidelidad a la obra del Espíritu de Jesús.

Ante un proceso de cambio de época, es más necesaria la valentía. Ella proviene del Espíritu. Se requiere mucho coraje para romper las cadenas del androcentrismo; y para forjar relaciones y poderes dadores de vida.

La preocupación de género no es un ejercicio mental ni es para lamentarse; sí es para ser parteros/as de vida; sí es para cosechar frutos abundantes y sabrosos.

NOTAS:

1.Día a día -en este universo andino- uno constata la prioridad de lo relacional; redimensiona cosas e ideas. Ver la genial obra de Josef Estermann, Filosofía Andina, Quito: Abya Yala, 1998, III-135, 145-147, 160-165 (sobre la «relacionalidad»).

2.Tomás de Aquino, Summa Theologica, II-II, q I, a 2, ad 2 m; el otro texto citado: In Boetium, proemio, q 2, ar 1, ad 6 m.

3.Ver VV.AA., La lucha de los dioses; los ídolos de la opresión y la búsqueda del Dios Liberador, San José: DEI, 1980; J.S. Croatto, «La destrucción de los símbolos de los dominados», Revista de interpretación bíblica latinoamericana, II (1992), 37-48; J. de Santa Ana, «Idolatría e Sacrificio», Estudos de Religiao, 9/9 (1994), 115-126.

4.María Pilar Aquino da testimonio del «inefable misterio absoluto de Dios que irrumpe como amor, fuerza de liberación, y esperanza en medio de los pobres...», Nuestro clamor por la vida, teología latinoamericana desde la perspectiva de la mujer, San José: Dei, 1992, 32. La visión de Dios como poder-en-relación ha sido subrayada por E. Carter Heyward, The Redemption of God: a theology of mutual relation, University Press of America, 1982. Por su parte, W. Kasper explica que el misterio de Dios no trata un asunto del conocimiento, ni dice algo en negativo; más bien dice algo en positivo: Dios revela su intimidad; se trata de «Dios como misterio de la libertad en el amor» («Revelación y Misterio» en VV.AA., Teologia e Iglesia, Barcelona, 1989, 195). Estas magníficas explicaciones contribuyen a una visión de género.

5.Ver mis ensayos en Un Cristianismo Andino (Quito: Abya Yala, 1999; sección «espiritualidad terrenal» pgs. 15-70).

6.Ivone Gebara y María Clara Bingemer, María, mujer profética, Madrid: Paulinas, 1988, 11.

7.Al respecto ver VV.AA. Manual de teología dogmática, Barcelona: Herder, 1996, 135ss.

8.Resumo aportes de Carmiña Navia, El Dios que nos revelan las mujeres, Bogotá: Paulinas, 1998, 21ss y 48ss.

9.Recogo elementos presentados por M. León-Portilla, La filosofía nahuatl, Mexico: UNAM, 1983, 148ss; VV.AA., Rostros indios de Dios, Quito: Abya Yala, 1991, 101-102, 313-316; R. Foerster, Introducción a la religiosidad mapuche, Santiago: Universitaria, 1993, 66-73; R. Salas, Lo sagrado y lo humano, Santiago: San Pablo, 1996, 147ss.

10.Cito trozos de un poema de Sor Juana, «Romance a la Encarnación», Obras completas, Mejico: Porrúa, 1996, 74 (cabe anotar que por un tiempo le prohibieron leer y escribir teología, hacer reflexión de su honda y lúcida fe; a pesar de ello, tuvo una gran producción teológica); y cito parte del testimonio de Gonzalo de la Maza en 1617 en el proceso de canonización de Rosa de Lima (recopilado por Luis Millones, Una partecita del cielo, Lima: Horizonte, 1993, 173).

11.Anoto testimonios recogidos por María José Caram, ¿Por qué las mujeres no? Cuzco: IPA, 1999, 160; y Carlos Flores, El Taytacha Qoyllur Rit´i, Cusco: IPA, 1997, 171-315; y unos testimonios sobre María que he recogido en Puno, en Tradición y Porvenir Andino, Lima: Tarea/Idea, 226-227.

12.Gerhard Muller, Dogmática, Barcelona: Herder, 1998; ver en pg. 227, la «esencia relacional de Dios», y en pgs. 475-477 la realización humana en el Misterio Trinitario del Amor. Ronaldo Muñoz, La Trinidad de Dios Amor ofrecido en Jesus el Cristo, Santiago: San Pablo, 2000, 42.

13.Brígida Weiler, «Fe en la Trinidad, inspiración para una práctica diferente», en VV.AA., La Trinidad, experiencia de

comunión, Lima: CEP, 2000, 66.

14.Dorothe Solle, «Los nombres de Dios», Alternativas, 7/16-17 (2000), 114, 122 (ver su obra Thinking about God, Philadelphia: SCM Press, 1990).

15.Simón Pedro Arnold, La otra orilla, Lima: CEP, 1996, 179; también Refundación, contribución a una teología de la vida religiosa de cara al tercer milenio, Bogotá: CLAR, 1999 (la perspectiva de género ocupa las pgs. 79-152).

16.En Rio de Janeiro en 1999, la directiva de la CLAR llevó a cabo un encuentro para releer (con ojos de género) los carismas de fundadores/as de la vida religiosa. Ojalá se publique. Una rica interpretación de Benito, Francisco y Domingo es hecha por Antonieta Potente, Gli amici e le amiche di Dio, Benedetto, Francesco, Domenico e le donne che hanno condiviso la loro ispirazione, Roma: Icone, 2000; también S.P. Arnold relee a Benito y Escolástica, en su Refundación, 83-92.

17.Juan Pablo II, Vita Consacrata 37; esta Exhortación es fruto del Sínodo Mundial de Obispos, realizado en 1994.

18.Conclusiones de la XIII Asamblea General (Lima, 1997), n. 1, y de la XIV Asamblea General (Caracas, 2000), ns. 1 y 2.2.

19.Como otros factores, también lo religioso cambia y se va globalizando; existen muchos fenomenos, con sus luces y sombras. No sólo existe la problemática de la cristiandad patriarcal; lo que tiene mayor peso es la «religión del mercado». Esto último lo he anotado en Teologia en la fe del pueblo, San José: DEI, 1999, 95-114, y en «Exigencias religiosas en la teología», inédito, 2000.

20.Para la historia reciente de la mujer, ver Ana M. Portugal y Carmen Torres, El siglo de las mujeres, Santiago: ISIS, 1999; Virginia Vargas, El aporte de la rebeldía de las mujeres, Lima: Flora Tristán, 1989. Para el género, ver J. Amelang y M. Nash (eds.), Historia y Género, Valencia: Instituto Valenciano, 1990 (que incluye el texto de Joan Scott, «El género: una categoria útil para el análisis histórico», pgs. 23-58); Luz G. Arango, Magdalena León, Mara Viveros (comp.), Género e identidad, ensayos sobre lo femenino y lo masculino, Bogotá: Tercer Mundo, 1995; Marcela Lagarde, Género y feminismo, Madrid: Horas, 1996, y Una mirada feminista en el umbral del milenio, Heredia, Costa Rica: Instituto de Estudios de la Mujer, 1999.

21.Me refiero a estudios de Ina Rosing, «Los diez géneros de Amarete en Bolivia», en D. Arnold (comp.), Más allá del silencio, La Paz: CIASE/ILCA, 1997, 84; y a Norma Fuller, Dilemas de la femineidad: mujeres de clase media en el Perú, Lima: PUCP, 1993, y Patricia Ruiz (ed.), Detrás de la puerta: hombres y mujeres en el Perú de hoy, Lima: PUCP, 1996.

22.Marcela Lagarde, Género y feminismo, 18, 60-62. Mucho me ha iluminado hablar con Marcela; y en especial me ha dolido algo que me enseñó: «en el centro de la vida de la mujer no se encuentra su Yo, ahí estan asentados los otros».

23.Josef Estermann, Filosofía Andina, 98-99.

24.Rolando Muñoz, Dios de los cristianos, Santiago: Paulinas, 1988, 254.

25.Ver Sergio Micco, «La familia y la nueva masculinidad», Mensaje, 601 (1999), 25.

26.En la reflexión siguiente debo mucho a Juan Carlos Callirgos, Sobre heroes y batallas, los caminos de la identidad masculina,

Lima: Escuela para el desarrollo, 1998; Michael Kaufman, «Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres», en Luz G. Arango y otras, Genero e identidad, 123-146; Elizabeth Badinter, XY, la identidad masculina, Madrid: Alianza, 1993; Pierre Bourdieu, Alfonso Hernandez, Rafael Montesinos, La masculinidad, aspectos sociales y culturales, Quito: Abya Yala, 1998; Robert Johnson, He, understanding masculine psychology, New York: Harper and Row, 1989; Ronald Levant, Masculinity Reconstructed, New York: Penguin, 1996.

27.Juan Carlos Callirgos, obra citada, 93.

28.Michael Kaufman, artículo citado, 131.

29.Callirgos, obra citada, 116.

30.En este párrafo cito a Leonardo Boff, «O masculino no horizonte do novo paradigma civilizacional», en su A voz do Arco-iris, Brasilia: Letra Viva, 2000, 103-105; y a Juan José Tamayo, Teología, pobreza y marginación, Madrid: PPC, 1999, 87 y 89.

31.Me refiero al «circulo de género» que el año 2000 nos reunimos mensualmente en Chucuito (Perú); con gente casada y soltera, indígenas y blancos. Agradezco tanto que me han enseñado.

32.Daniel Goleman, La inteligencia emocional, Buenos Aires, 1998.

33.Ver mi ensayo Renacer masculino, Chucuito, 2000, 22.

34.Cito las conclusiones de la XIII Asamblea General de la CLAR (Lima, 12-21 de junio, 1997, n. 28). Ver también Juan Vecchi, «Retos a la misión de la vida consagrada en América Latina»,

Christus 674-675.

35.Marta Lamas, «Cuerpo e identidad», en Luz Arango y otras, Género e Identidad, pg. 70.

36.Cito a Angela Sannuti, «Desanudar el corazón», Mensaje, 465 (I997), I8; y a la amiga Fryné Santisteban con quien dimos un taller en la Confer del Perú.

37.Jon Sobrino ha escrito: «el celibato en el Tercer Mundo no aparece en primer lugar en la línea de una identificación afectiva con Cristo...sino una identificación efectiva con el seguimiento de Jesús y con el pro-seguimiento de su misión liberadora...a través de esa identificación efectiva con Jesús se accede a la identificación afectiva con él» (separata, pagina 97).

38.Cfr. Marcio F. Dos Anjos, «Relacoes de poder entre homens e mulheres na vida religiosa», en VV.AA., Genero e poder na vida religiosa, Sao Paulo: Loyola, I999, 22-26.

39.Carlos Palmés, Nueva espiritualidad de la vida religiosa en América Latina, Bogotá: CLAR, I993, 56.

40.Victor Hugo Silveira Lapenta, Masculino y Femenino na Vida Religiosa, Sao Paulo: Loyola, 2000, 63. Al hablar de ser partero/a no quiero disgustar a nadie. Al presentar esta simbología en Cochabamba (Asamblea de la CBR, enero del 200I), algunas mujeres se molestaron. Es cierto que ser partera es realizado normalmente por señoras del pueblo. Pero el proceso de dar a luz, que tiene a la mujer y la criatura como protagonistas, también tiene la participacion del varón (no como dueño del acontecimiento pero sí como quien puede cuidar y amar la vida).

INDICE

Introducción pg. 3

Primera Parte: 5

AMAR A DIOS, COMO VARON Y COMO MUJER 5

I) MISTERIO Y REPRESENTACIONES DE DIOS 5

A- Misterio 5
B- Tendencias idolátricas 7
C- Dios-relacionalidad 8
D- Representaciones 8

2) MUJERES Y VARONES EN LA BIBLIA 10

A- Ana y María 10
B- Juan y Jesús 10

3) MUJERES Y VARONES DE AMERINDIA 11

A- Principios autóctonos 11
B- Juana Inés y Rosa 12
C- Modos masculinos y femeninos 13

4) NOMBRAR A DIOS 14

A- La Trinidad 15
B- Relaciones con Dios 16

5) ESPIRITUALIDAD, NUTRIDA POR GÉNERO 18

A- Obra del Espíritu 18
B- Líneas refundadoras 18
C- Propuesta relacional 19

Segunda Parte:

VISIÓN Y ACCIÓN DE GÉNERO 21

I) CONTEXTOS Y DESAFIOS 22

A- Discernir nuestra época 22
B- Escenarios religiosos 23
C- Mujer y género 25

2) CUESTIONES DE GENERO 26

A- Elementos teóricos 27
B- Practicas de género 29

3) DESHUMANIZACIÓN MASCULINA 32

A- Modos y normas de acción 33
B- Somos agresivos y miedosos 36
C- Crisis civilizacional 38

4) SER-VARÓN-EN-RELACION 40

A- Nueva humanidad en la tierra 41
B- Rehacer vínculos y poderes 43
C- Proceso de vida nueva 46

5) EXIGENCIAS CRISTIANAS 49

A- Intimidad y apostolado 51
B- Transparencia emocional y sexual 53
C- Relaciones y estructuras 56
D- Espiritualidad 59

Conclusión 62

Notas 65
Indice 71